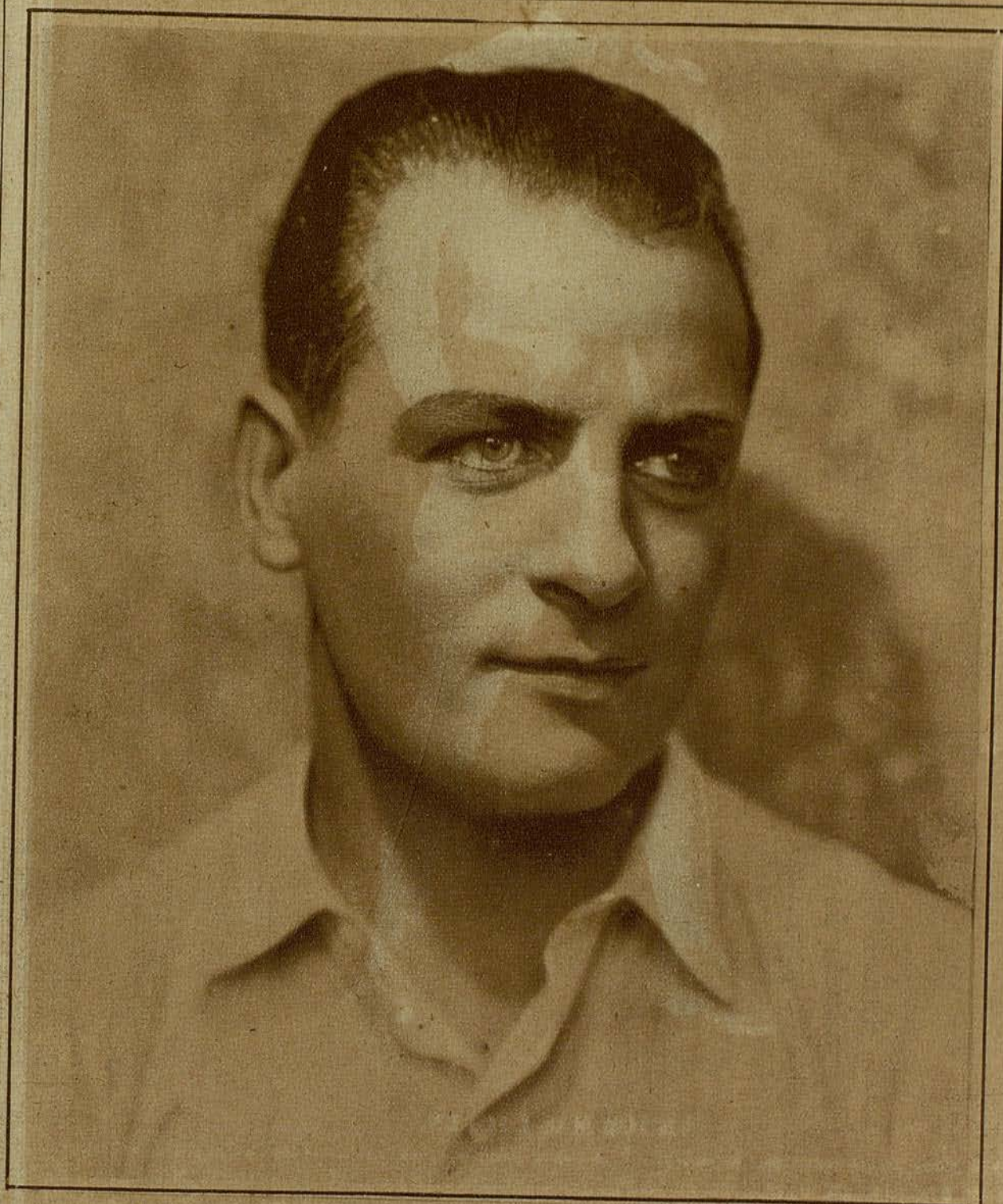


7

Jueves  
Cinematográficos

NUM. 8  
ABRIL, 14

El Día  
Gráfico

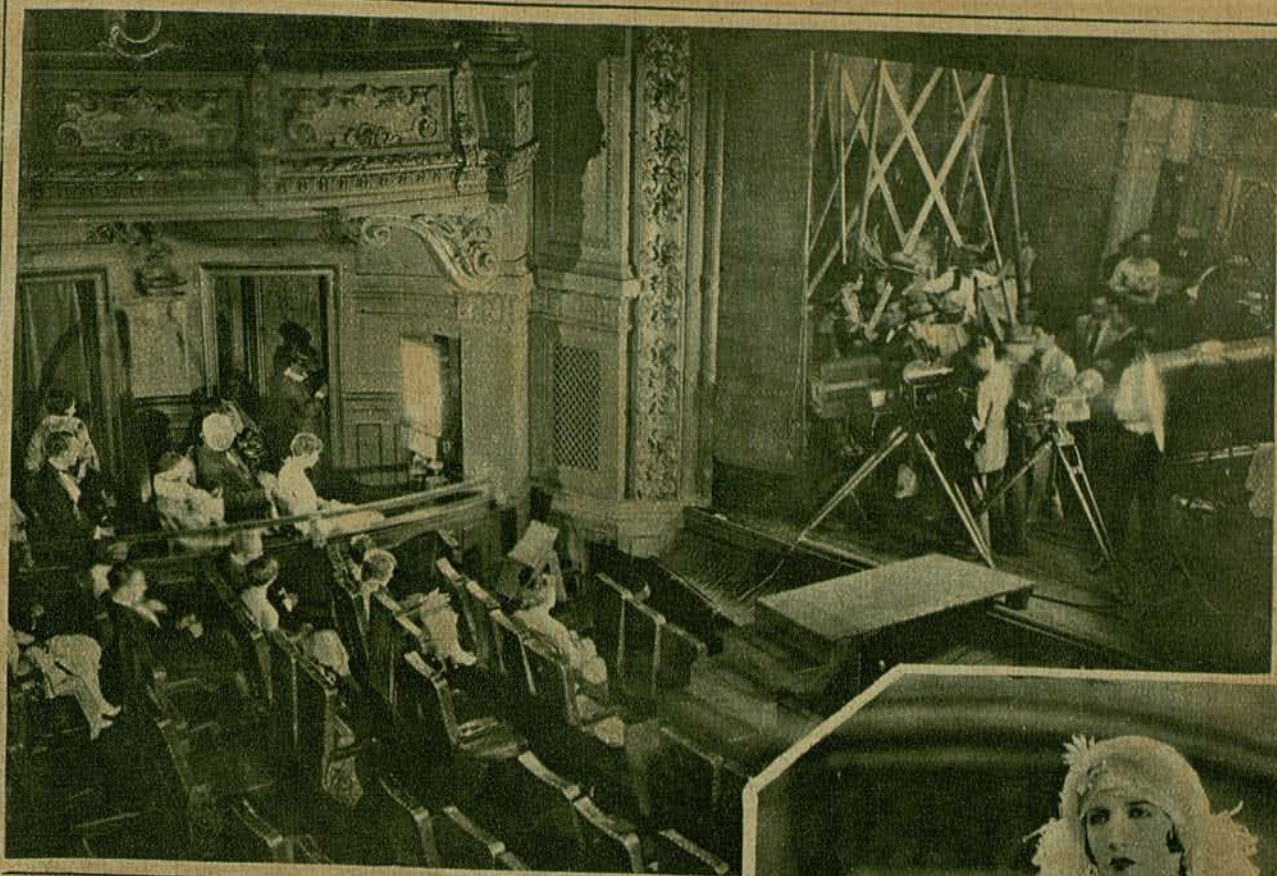


REGINALD DENNY.—Este joven actor de la Universal pertenece a la deslumbradora falange de los valores fotogénicos. Además es un hombre simpático y notable artista.

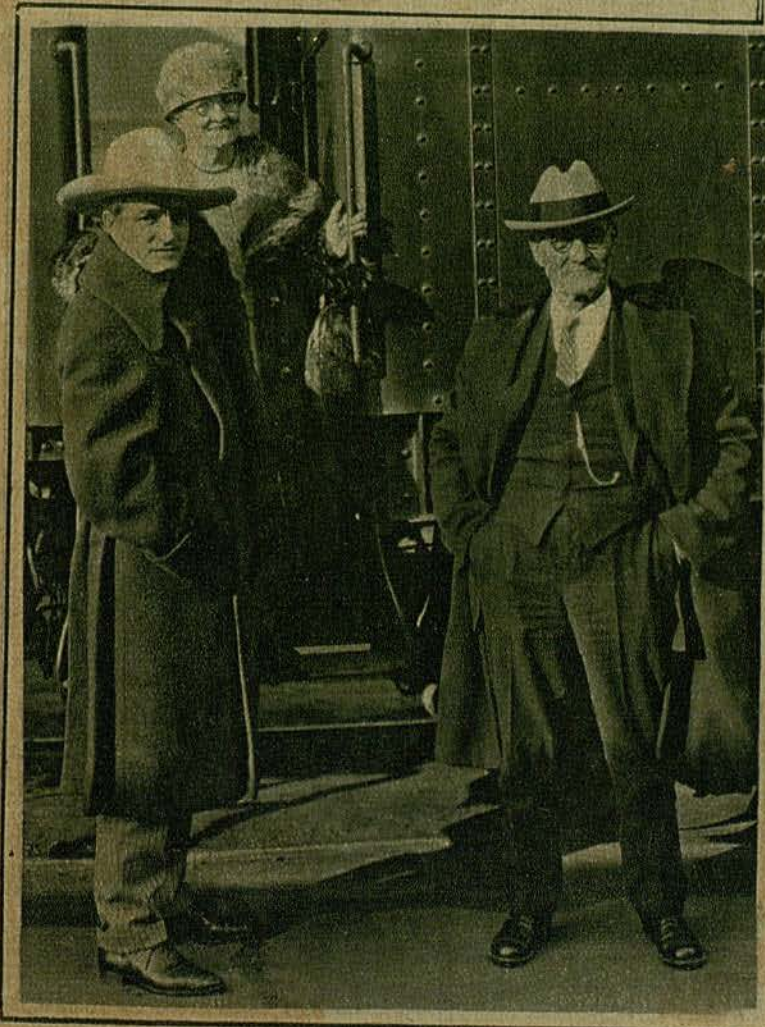


VICTOR MAC LAGLEN,

de la Fox Film, es un optimista. Se señala con el índice como preguntándonos si nos ocupamos de él, y le tenemos que contestar que sí, pero que no es para desacreditarle, sino para todo lo contrario. Mac Laglen, como todos los artistas de la pantalla, tocó diversas teclas antes de ser descubierto por los directores de la Fox. Pronto, sin embargo, pasó de la categoría anónima de los extras a la archi-nombrada de las primeras figuras. Hoy día sonríe lleno de optimismo, dentro de su uniforme de quinto americano.



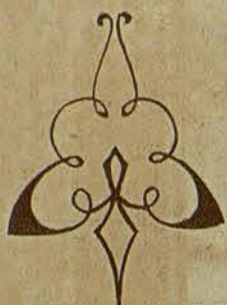
**¿CINEMA O TEATRO?**  
 LAS DOS COSAS. UNA ESCENA QUE SE DESARROLLA EN UN TEATRO  
 FILMADA POR FLORENCE VIDOR, BAJO LA DIRECCION DE MALCOLM  
 ST. CLAIR, DE LA PARAMOUNT.



**TOM MIX**  
 EL POPULAR JINETE Y SIMPATICO ARTISTA DE LA FOX, ACUDE A  
 LA ESTACION A RECIBIR A SUS PADRES QUE, COMO CADA AÑO, VAN  
 A VISITARLE A SU DOMICILIO DEL OESTE

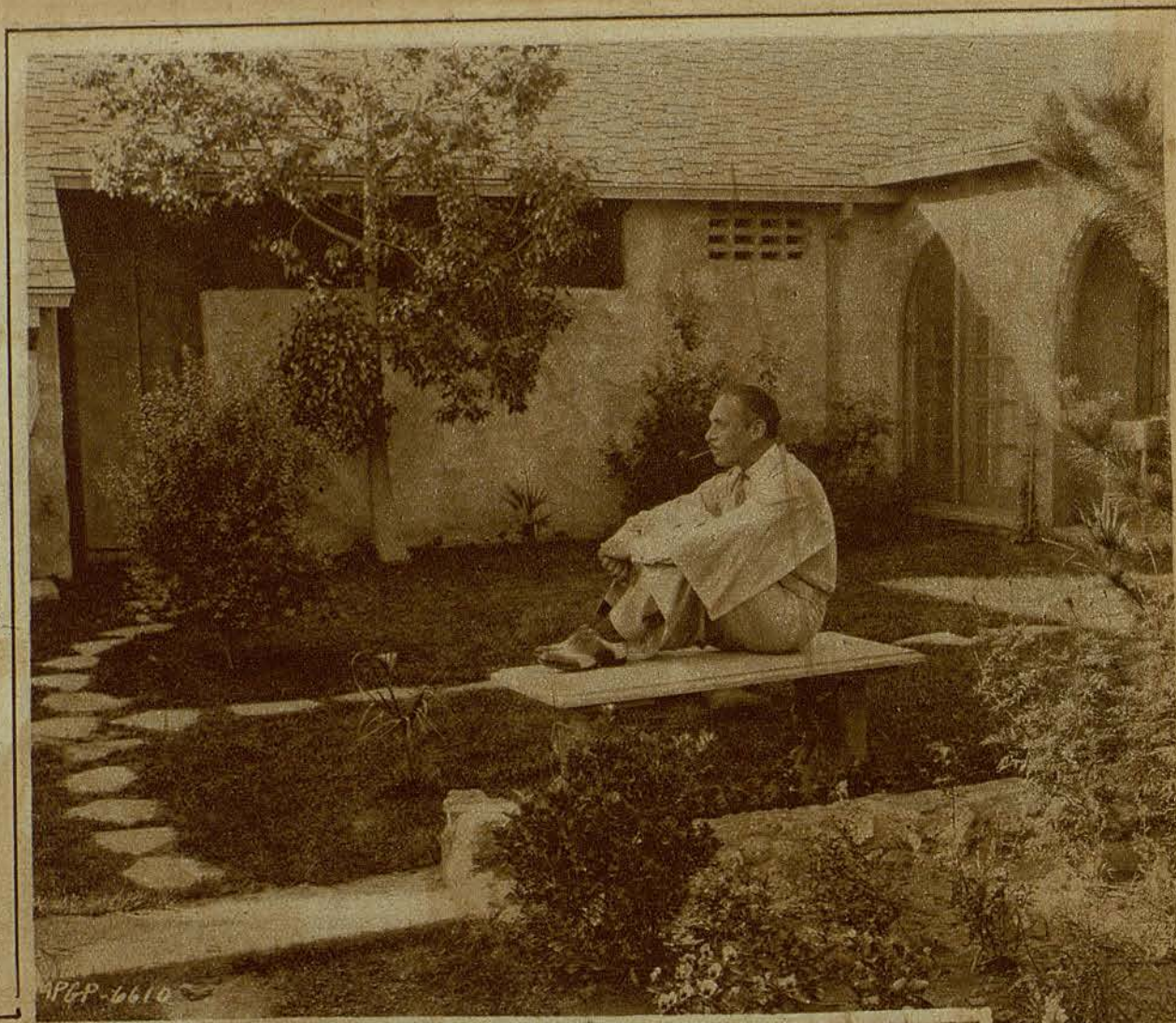


**ESPLENDIDO TRAJE**  
 ES EL QUE LUCE BEBE DANIELS, LA INTERESANTE ACTRIZ DE LA  
 PARAMOUNT, EN UNA PELICULA DE ASUNTO PARISIEN



EL PARAISO DE UN  
ACTOR

HE AQUI AL ADMIRADO  
LEW CODY, DESCANSAN-  
DO EN EL JARDIN DE SU  
DELICIOSA VILLA CALI-  
FORNIANA DE LOS TRA-  
BAJOS DEL ESTUDIO Y  
DE LOS ASEDIOS DE LA  
ADMIRACION.



NORMA TALMADGE  
TENDIDA EN UNA MU-  
LLIDA CHAISE-LONGUE,  
LA CELEBRE ESTRELLA  
DE LA FIRST NATIONAL  
CONTEMPLA UNA FLOR  
Y MEDITA.

## ARGUMENTOS DE PELICULAS

# Cuando la razón vacila

Roland de Graves era un pintor de talento, dedicado exclusivamente a su arte y poseía una envidiable fortuna que le permitía ser independiente. Profesaba verdadero culto a la belleza y hubiera debido llevar una existencia brillante si el destino no le hubiera reservado otra cosa. Si el artista hubiera consagrado todos sus desvelos a la pintura, su existencia hubiera transcurrido normalmente; pero la misma fogosidad empleaba en el mundo del amor que en el del arte. Su último «flirt» con la bailarina Lyda Gyl, no había sido más que un verdadero calvario. Ella se había burlado indignamente de él, engañándole y escarneciéndole, viéndose finalmente abandonado por aquella mujer a la que su imaginación amorosa había adornado con todas las bellas cualidades. Otro hombre cualquiera, hubiérase encogido de hombros con profundo desprecio. Roland, por el contrario, remachaba más el clavo de su dolor en la soledad. El recuerdo de la infiel turbaba sus días y sus noches, agitaba su sueño y pronto empezó su razón a vacilar. Vivía como un fantasma en el silencio de su estudio, donde pasaba el tiempo evocando a la desaparecida, tan pronto suplicante como rechazándola con una mirada preñada de rencor. A su hermano René, al volver de un viaje, le inquietó aquel estado.

—Es preciso que entres de nuevo en la vida y dejes a un lado los recuerdos—le dijo.

—Es imposible.

—¿Por qué? Mujeres encontrarás que te harán olvidar a esta.

—Quiero vivir con mi pena—dijo Roland.

Entonces René no le insistió más, pero comprendió que ya no podría llevar más a su hermano en sus correrías nocturnas. Todos los esfuerzos para arrancarle de las garras del dolor, fueron inútiles.

Un día Roland pidió a su hermano que le atendiera unos minutos y le dijo:

—No puedo vivir ya en este estudio donde tantas veces ha venido ella a verme; todo, aquí, me habla de ella; todo me recuerda su amor.

—¿Quieres que nos vayamos de viaje?—preguntó René.

—No—respondió su hermano—; no conseguiría otra cosa que pasear mi dolor por el mundo.

—¿Qué quieres hacer, entonces?

—Tenemos una casa que nos pertenece a los dos; déjame que habite en ella; me hace falta la soledad. El único que puede vivir cerca de mí, eres tú.

René, que no quería rechazar ninguna proposición de su hermano, le acompañó a la finca que poseían en el campo. Permaneció algún tiempo junto a él, pero muy pronto le pareció insoportable aquella existencia. Era joven, elegante, acostumbrado a placeres y aventuras fáciles, de manera que no es de extrañar que se volviera a su ambiente, es decir, a la gran urbe saturada de placeres.

Una noche, en el momento de volver a su casa, de una de sus acostumbradas saturnales, su automóvil paróse bruscamente en la carretera; sin la sangre fría del chofer y el dominio que tenía del volante, hubieran aplastado inevitablemente a una joven que yacía sobre el pavimento.

Acercóse René a la susodicha mujer y al ver su pálido rostro, la belleza sobrenatural y su cuerpo grácil y encantador, hizo un movimiento de sorpresa. René estaba sinceramente emocionado porque, no obstante los pobres vestidos que llevaba la desconocida adivinábase en ella una intensa tragedia; epro en vez de recogerla y llevarla a la casa de campo, llevóla a su propia casa y la instaló en una de sus habitaciones, hecho lo cual, mandó llamar al médico. En sus pobres ropas sólo pudo encontrar, para identificarla, un nombre: «Irene»

y una dirección. René envió al chofer a que hiciera indagaciones y éste supo que Irene era una huérfana, caída en la desgracia y en la más espantosa miseria a causa de una larga enfermedad que la había privado de trabajar. Dotada de una excelente educación, poseedora de un orgullo nativo, había luchado valientemente para ocultar su desgracia, pero la adversidad la había vencido. El chófer trajo en sus brazos el peirrito encontrado en la habitación en que vivía la desgraciada; aquella era la única vida que latía cerca de su pobre corazón, en la soledad.

René de Graves había decidido ocuparse de Irene suducido por su gracia y belleza. Durante este tiempo el estado de su hermano se empeoraba. Este, era víctima de alucinaciones frecuentes, y accesos de sonambulismo que le tenían de pie noches enteras, conversando amorosamente con su modelo imaginario, escenas horripilantes que, al llegar la mañana, dejaban al enfermo idiotizado y sin fuerzas.

Aquel estado morbozo contrastaba fuertemente con la dicha que empezaba a sentir René al cado de la joven. También en él habíase operado una transformación. La dulce presencia de Irene, su timidez, su reserva y su belleza, habían transformado a aquel calavera, que apenas salía de casa, consagrando todos los ratos libres a su protegida.

Cuando iba a ver a su hermano no podía evitar el hablar de la que tan vivamente le interesaba, de alabar su dulzura y sinceridad.

—Quiero que la conozcas—dijo René—y estoy seguro que cuando la veas volverás a sentir el ansia de vivir.

—No digas tonterías—respondió el otro.

—Veras como su belleza y juventud harán este micagro.

Roland respondió friamente:

—Tú puedes amarla, eres libre. Pe-

## MIRANDO AL PASADO

# Lo que eran hace diez años

Si fuésemos a poetizar, diríamos como alguien: «Yo quiero mucho al tiempo, porque el tiempo es más fuerte que el dolor y el amor, que la vida y la muerte. Dime: hermano y amigo, ¿has oído al tiempo hablar?...»

Así, pues, es muy interesante ver lo que nos muestra el tiempo a medida que pasa. Las grandes estrellas y figuras que hace diez años aparecían en la pantalla y en la industria cinematográfica, hoy van, o han quedado, poco a poco olvidadas, para dar paso a las que en aquel entonces ni siquiera soñaban en lo que podrían ser hoy. Entre las figuras del cine que a través de los años no han perdido mucho; pero que sin embargo, ya vemos poco, podemos contar al simpático Charles Chaplin, bien acogido en todos tiempos; el hazme reír de todos los públicos, pero que, sin embargo, lleva dentro, muy dentro, una melancolía, quizá porque no ha encontrado realmente quien le comprenda.

Douglas Fairbanks, que se ríe del tiempo y de todo, pues en él no han hecho mucha mella los años; ya aparece poco en la pantalla; pero aún hay muchos que se interesan por verlo. Igualmente diremos de Mary Pickford, que siempre se ve muy joven y, no sólo, sino que apenas va

perdiendo su tipo de chiquilla, y ahora vuelve a la pantalla en «Coquette». Las demás, muchas están lejos, quizá; otras se han ocultado tristes de no poder brillar más en el cielo de Hollywood; y otros..., otros, descansan para siempre, como Valentino y el simpático Fred Thomson, que siempre fueron acogidos con entusiasmo...

Pero en cambio de aquellos que se fueron con el tiempo, otros han venido a reemplazarlos y a tomar parte en el mundo del cine; y como mera curiosidad, diremos lo que eran algunos de los artistas o figuras que toman parte en la industria cinematográfica, hace diez años.

**Bebé Daniels.**—Esta artista que ha conquistado ya el grado de estrella y que trabaja hoy para la Radio Pictures, era, hace diez años, una chiquilla que acababa de debutar en el cine con Harold Lloyd y Wally Reid, de la Paramount.

**Olive Borden.**—Hace diez años estaba internada en un convento de Baltimore, y ni siquiera había visto una sola película.

**Sally Blane.**—Un satélite de la Radio Pictures; era aún una nenita que cursaba primaria y ni siquiera se le

había ocurrido jugar a hacer de «actriz».

**Betty Compson.**—Que aparecerá en «The Viennese Charmer», de la Radio Pictures, acababa de hacer su debut en el cine con Lon Chaney en «The Miracle Man».

**Joseph I. Schnitzer.**—Presidente de la RKO Productions Inc., productora de películas para la Radio Pictures, hace diez años era gerente general de ventas de la Universal Pictures Corporation.

**William Le Baron.**—Vicepresidente a cargo de los Estudios de la Radio, era gerente editor de la Revista de Collier, y no pensaba nunca ingresar en la industria cinematográfica, sino escribir para el teatro y editar libros.

**Luther Reed.**—Asociado como productor de la Radio Pictures, acababa de llegar de Europa y hacía grandes esfuerzos por establecerse por su cuenta como escenarista en los Estudios de la antigua Metro.

**Henry Hobart.**—Otro productor asociado con la Radio, era gerente general del Cosmopolitan Magazine.

ro no me impongas su presencia, no quiero verla: todas las mujeres son unos monstruos.

Para distraerse, Irene lefa un día en el gran salón de René, cuando el ayuda de cámara introdujo a una joven, que había venido accediendo al ruego del dueño de la casa, que la había invitado a comer aquella misma tarde. Disimulada en una gran butaca, Irene era testigo de la impaciencia de la desconocida; ignoraba que su llegada fortuita, no era debida más que a una jugarreta imaginada por los amigos de René. Sintióse de pronto muy desgraciada y determinó abandonar la casa de su bienhechor. Volvió a ponerse sus pobres ropas de obrera, y con su perro bajo el brazo iba ya a ganar la calle cuando llegó René. Irene le explicó que no quería constituir una carga. René, sorprendido, comprendió lo que había pasado al ver a sus camaradas.

Tanto rogó y tan acendradas y sin-

ceras fueron sus palabras, que por fin cedió, ya que su corazón había sido abierto al amor; y permanecieron en la casa, sin atravesarse a crear, como uno como la otra, en la dicha.

René decidió irse con Irene al castillo de Graze, donde Roland estaba cada día peor. Antes de la puesta de los antecedentes de las anomalías de su hermano. La joven, presintiendo que tendría que desempeñar un hermoso papel, aceptó. ¡Cuán ajena estaba del terrible drama que debía tener lugar! Una vez en el castillo, el azar la puso frente a Roland, y éste, al verla, empezó a vomitar atroces injurias a ella dirigidas. No era Irene la que estaba frente a él, sino Lyda Gyl, la perjura que tanto le había mortificado.

A los gritos acudió René y su hermano le mostró un cuadro tirado en el suelo. En efecto, entre Irene y Lyda había una terrible semejanza. Roland ahora estaba definitivamente loco de remate y la escena que había

tenido lugar no había servido más que para precipitar una terrible crisis. Irene no tenía más remedio que abandonar el castillo. Lo hizo sin que René esta vez se opusiera a su marcha. El también, como su hermano, creía que Lyda e Irene eran la misma persona. Irene volvió de nuevo a su vida de sufrimientos; René a la suya de lujo y placeres. Y un día en que se encontró en un cabaret de moda, vio a una bailarina que le hizo dudar si la que tenía ante sus ojos era Lyda Gyl o su pobre amiga.

Abandonó el «dancing» como un loco y volvió a su casa desesperado. Afortunadamente su doméstico, el viejo Julián, había comprendido su pena. Condújole hasta el asilo en donde se había refugiado Irene, y ambos se abrazaron estrechamente... para no separarse en la vida. Y bajo sus ojos arrasados en lágrimas disipóse el horrible fantasma que amenazaba destrozar sus vidas.

# ACTUALIDADES CINEGRAFICAS

## ¿SE RETIRA TOM MIX?

Circulan por Los Angeles rumores de que el cow-boy de la pantalla Tom Mix se retira del cine. ¿Las causas? Pues, sencillamente, que este género de películas «cow-boys» está un poco pasado de moda, incluso para la misma juventud americana, que prefiere los dramas polifacéticos y las aventuras rocambolescas. Poco a poco, los dramas del Far West han ido siendo cada vez más raros, y casi nos atrevemos a asegurar que Ken Maynard sea el último cow-boy de la pantalla. Un poco arriesgado es el decirlo, pero los hechos vienen a corroborar nuestra opinión.

Tom Mix se retira con armas y bagajes: con su caballo, su ancho sombrero y sus espuelas, para consagrar sus actividades al circo. Por lo pronto ya está en la pista como estrella del circo Sells-Flote, que piensa dar la vuelta al mundo, y, según dicen, el contrato que lleva Tom Mix es de 15.000 dólares semanales...

Nos parecen muchos dólares para un solo número, francamente, y auguramos al susodicho circo un formidable «crack».

¿Cuánto vale la entrada en ese circo? ¿Qué capacidad tiene?

Hemos hecho números y ellos, con su elocuencia, nos han demostrado que no es posible dar este sueldo a nadie en un circo, por muy Tom Mix que sea...

¡Ya vendrá el Tío Paco con la rebaja!

## LA KOLLOSSAL NEUEBABELSBERG

Estos estudios, próximos a Berlín, como todo estudio importante que se respeta, tiene su correspondiente parque zoológico.

Este parque, después de un sueño, mejor diríamos letargo, que ha durado tres años, va a despertarse a una nueva vida, va a salir de su sopor. El parque de Neubabelsberg, nombre impresionante cuyas tres primeras sílabas quieren decir en nuestra lengua Nueva Babel, con sus hermosos jardines, sus lagos y sus estanques, va a dar asilo, de nuevo, a las «estrellas» de la sección documental. Ahora que la temperatura es más dulce en tierras teutonas, estos artistas de dos y cuatro patas empezarán a rodar. Las celebridades más grandes entre éstos son: Hermine, el puercoespín; Mungo, la iguana, matadora de serpientes (llagarto, lagartof); Matz,

el buho; Wolfi, el perro esquimal; Félix, el cocodrilo, y toda una familia de renos. Durante los meses estivales, los estanques y jardines serán repoblados y se tratarán de aclimatar nuevas colonias de pájaros, a fin de que la sección documental pueda siempre disponer de los animales más raros y diversos.

Nos alegramos mucho de la noticia y nos felicitamos extraordinariamente de que nos hayan hecho este «adelanto».

El día que rindamos una visita a los susodichos estudios, la haremos acorazados y armados hasta los dientes.

## UN GRAN FILM QUE MUY POCOS ENTENDERAN

Cierta casa está preparando en sus estudios de Hollywood el primer film hablado en hebreo. Creemos que el director de los susodichos estudios lo habrá dicho en serio, así como que esperan una acogida entusiasta y remuneradora de la susodicha producción, ya que los hijos de Israel que pueblan los Estados se cuentan por millones...

Todo eso nos parece muy bien. Efectivamente, hay en los Estados Unidos millones de judíos, aunque no tantos como cree el susodicho director, pues si no mienten las estadísticas del almanaque hebreo «Kéren Kayémet Le-Israel» del año 1927 (era cristiana) y 5688 (ley de Moisés), que tenemos a la vista, ascienden a 4.000.000 los hebreos que pueblan «toda la América del Norte», de los cuales tres millones y pico no irán seguramente al cine por no permitírsele sus ocupaciones y por la sencilla razón de que no entienden el hebreo.

—Lamento en el alma echarle este cubo de agua fría a la casa, pero esto que digo es la realidad.

Ahora bien. Si ese film se proyecta en Polonia, Rumania y sobre todo en Oriente, es muy posible que tuviera más... oyentes!

Los hebreos de estos puntos sí que saben hablar y escribir el «hebreo».

## SE HA CASADO... ¿QUIEN DIRAN USTEDESI?

¡John Gilbert!, el joven primero de dientes de lobo, mirada brillante y arrebatadora, faz de terciopelo, et-

cétera, como decía Greta Garbo, a modo de piropeo y con vistas al himeneo, aunque por esta vez la mujer misteriosa, la del alma sensible y mirada fulminante, según decía John para seguir a la lisonja de Greta, se ha quedado compuesta y sin novio.

John se ha casado inopinadamente, cuando nadie lo esperaba y con una mujer que ya pasó la línea de la juventud, que va ya cuesta abajo por la pendiente de la vida. Llámase ella Ina Claire, actriz de teatro y de la pantalla y última esposa del famoso periodista neoyedquino James Whitaker.

El pollo Gilbert, no crean ustedes que acaba de salir ahora del caserón, no. Este es su tercer matrimonio. Su primera mujer llamábase Olivia Burrrell y no era artista. La segunda, era Leatrice Joy, conocida estrella de la pantalla, de cuyo matrimonio hay una hijita de 2 años de edad... ¡Con que ya ven ustedes qué pájaro está hecho el tal Gilbert, digo, Pringle, que es su verdadero apellido; Gilbert no es más que su nombre de artista y nació en Logan (Utah). ¡Ya ven que estamos enterados!, ¿eh?

El matrimonio se celebró el día 14 ó 15 del mes pasado y salieron en viaje de novios, en tren especial, para «Las Vegas» (Méjico).

Al día siguiente los rotativos de Hollywood decían en grandes titulares:

«Greta Garbo, la conocidísima «vamp», derrotada por una rival, abandona a sus amistades y se retira...»

«¡Sic transit gloria mundi!..»

## FIN

Ha sido operado felizmente en Baltimore en el «Unión Memorial Hospital» el conocido actor cinematográfico Richard Dix, que ingresó en dicha clínica con el nombre de E. C. Brimmer para evitar la publicidad.

El otro día nos explicaba que dicha operación era inevitable, porque, debido a los esfuerzos atléticos realizados en algunas, por no decir en casi todas sus producciones, se le abrió una reciente herida no bien cicatrizada de la operación de apendicitis que le practicaron no hace mucho tiempo.

Esperamos verle pronto en la pantalla.

EL MAGO DE HOLLYWOOD

# Las pequeñas molestias de las grandes estrellas

Por un lado están los aplausos, los Rolls-Royce, las fincas suntuosas en Beverley-Hills, los trajes de París, la gloria..., esto es: la parte más bonita del decorado del reino estelar.

Vero por otro, Hollywood, que no debería de llevar el remoque de «Ciudad encantada», defiende mal a sus estrellas de todas las pequeñas vejaciones inherentes a su situación. No son, es verdad, más que molestias muy insignificantes y que no bastarían a contrabalancear la satisfacción que produce el saberse poseedora de un auto construido expresamente.

Por fortuna, se dan de vez en cuando casos muy divertidos, es decir, divertidos siempre y cuando se tenga un poco de humor como le sucede, por ejemplo, a la encantadora Norma Shearer. Un día, y vaya un botón de muestra, recibió la mencionada «vedette» una carta vibrante de indignación de una joven de Middle-West:

«Te he reconocido—decía la misiva—, a pesar de tu maquillaje y tus ropas excéntricas. Ya sé que eres mi hermana y no estará de más que te advierta que debes volver a casa cuanto antes. Nuestro padre está enfermo y yo sin trabajo; tu lugar está, pues, aquí, entre nosotros y no pierdes tiempo haciendo la estúpida por los «dancings» y «cabarets» de Hollywood. Creíste eludir nuestras pesquisas cambiando de nombre, pero ya ves que te hemos reconocido... etc.»

Norma se divirtió mucho al principio, con aquel incidente, hasta el día en que la mencionada joven desembarcó en Hollywood y trató de introducirse en los estudios de la Metro-Goldwyn-Mayer. Todas las mañanas esperaba el auto de la actriz e intentaba saltar al estribo cuando el coche acertaba la marcha para traspasar la verja. Por fin, Norma perdió la paciencia, se asustó de aquella insistencia y rogó a un amigo que interviniera. Cortó mucho trabajo convenir a la testaruda joven de que Norma no tenía más que una hermana que vivía con ella y un padre que gozaba de excelente salud. La susodicha «hermana» abandonó el estudio enojadísima y no nos atreveríamos a decir que convencida.

La aventura de Pauline Starke fue infinitamente menos atrayente. Todo el mundo sabe que los comerciantes de Hollywood tienen dos precios para todas las mercancías: uno para los clientes ordinarios y otro para la colonia cinematográfica. Modistas, floristas, perfumistas, bisutereros, hasta los almacenes de coloniales, tiendas de co-

mestibles y carnicerías, no sienten ningún escrúpulo en recargar los precios a las «stars». Algunas no se dan cuenta, sobre todo aquellas cuya carrera ascendente ha sido muy rápida, y éstas acostumbran a ser indiferentes al precio de las cosas, pero las otras se irritan de semejante abuso.

Pauline Starke se apercibió un día de que las notas de su tintorero eran dobles exactamente de las que pagaba su secretaria. Pauline, para evitar aquel abuso intolerable, envió desde aquel día todos sus efectos a nombre de la susodicha secretaria y sonrió pensando en la cara de asombro que pondría el comerciante al ver la cantidad de trajes parisinos y capas y abrigos de pieles que poseía una simple empleada.

Una de las plagas del cine, plaga inofensiva y casi necesaria, puesto que es una consecuencia de la popularidad, es la del aficionado a los autógrafos. No pueden ustedes ni imaginarse siquiera el número de jóvenes y escolares que se colocan a la entrada de «Mantmartre», el restaurant de moda de Hollywood, para esperar pacientemente la llegada de los autos de marca, en la convicción de que nadie, fuera del cine, puede poseer un carruaje suntuoso, y que tan pronto llega uno de éstos, tiende un álbum, una fotografía o una simple hoja de papel a su ocupante para obtener un autógrafo.

Otros, y éstos es muy difícil esquivarlos, atacan a las estrellas en el teatro, en la calle, donde sea, reclamando una firma. Una tarde, en un restaurant, un joven se precipitó hacia la mesa de Esther Ralston en un estado de excitación manifiesta. Extendió una servilleta ante ella y obligándole a coger la estilográfica que preparada llevaba en la mano, la dijo tartamudeando de emoción:

—Le suplico que firme de prisa, Wallace Beery va a salir en este momento y necesito también su firma.

Y, por lo que toca a Charlie Rey, hace poco tiempo se enteró de la existencia de un tipo que se decía primo suyo, un tal Albert Ray. Rey, en efecto, tiene un primo que se llama Albert y trabaja en la Fox. No obstante, siguió la superchería y nadie se dió cuenta más que el propio Charlie, al ver la enorme brecha que el famoso primo le había hecho en su cuenta corriente; truncándole la carrera a tan famoso y aventajado estafador, el propio Albert, el auténtico.

Pero la prueba más penosa, la re-

servada solamente a las más célebres entre las estrellas de cine, es la de ser llevadas en triunfo por una muchedumbre delirante, y lo de menos es que un grupo de admiradores rodeen a una, sino que exteriorizan su entusiasmo en una forma, que muchas veces es necesaria la intervención de la policía.

Mary Pickford y Douglas Fairbanks son, seguramente, las estrellas que más frecuentemente han sido víctimas de esta clase de manifestaciones.

El auto de los Pickford-Fairbanks es conocido de todo Hollywood y Mary no puede bajar de él sin que inmediatamente sea rodeado por dos o tres transeuntes que la reconocen, engrosando el grupo inmediatamente, y si escapa a las apreturas de la multitud, es gracias a los bíceps de su chófer, ayudado por algún agente de policía, dándose por muy contenta si logra escapar sin su sombrero aplastado, la ropa destrozada y... muchas veces hasta sin bolso.

Cuando el público sabe de antemano que el famoso matrimonio ha de asistir a algún estreno, ya saben Douglas y Mary que les es necesaria una escolta de policía para ir de su casa al teatro y que, aún con esta protección, no llegan a su casa más que con la ropa más o menos destrozada por el entusiasmo de sus admiradores.

Pero al que más hay que compadecer de todos los actores es a Charlie Chaplin. Cuando está en Hollywood, come frecuentemente en casa de Henry's, un pequeño restaurant poco conocido. Y, sin embargo, si consigue comerse la sopa sin que nadie le moleste, es para ver, antes que le sirvan el plato siguiente, a una madre llevando medio a rastras a tierno retoño, mohido y lloroso, que le dice sin más preámbulos:

—¡Oh, señor Chaplin! Mi Alfredito le adora y quiero que más tarde pueda decir que realmente le ha visto a usted.

Después de esto abraza al susodicho Alfredito, diciéndole:

—¿Ves Alfred? Este es Charlie Chaplin—y pone en su voz la entonación del que va a hacer un regalo.

Luego quédanse mirando al pobre Charlot, como un bicho raro, que trata en vano de buscar una frase graciosa, acaricia la cabeza del muchacho, dándole unos golpecitos y vuelve, embarazado, a su comida.

Y únicamente cuando Alfredito está ya harto de contemplar a su ído-



## ENCUESTAS

# Lo que enseña el Cine a las estrellas

Reproducimos en estas páginas las respuestas que Pierre Blanchar y Lucienne Legrand han tenido a bien dar a la encuesta: «¿Qué ha aprendido usted gracias al cine?»

### PIERRE BLANCHAR

—¿Lo que he aprendido gracias al cine?—me dice Pierre Blanchar—. ¡Pues, he aprendido a escribir el hebreo! Sí, señor, ya ve usted a qué ocupaciones más virtuosas debe sujetarse un actor cinematográfico. En la «Tierra Prometida» mi papel me exigía que se me viera escribiendo en hebreo pasajes de la Biblia. Entonces, unos días antes de rodar la escena, un profesor israelita, vino a enseñarme a coger la pluma especial que allá utilizan para escribir, y a trazar sobre el pergamino caracteres hebraicos. Solamente, que como hay muy pocas probabilidades de que tenga que utilizar el hebreo en otro film, creo que todo este caudal de ciencia tan pacientemente adquirida no me servirá para gran cosa en la vida...

Terminadas erta palabras y dejando el cigarrillo, corre hacia la escalera que conduce a escena. La conversación la reanudamos un poco más tarde con un Blanchar en pijama.

—Antes de trabajar en el cine, sabía montar a caballo y tirar armas. No crea usted que tuve necesidad de un aprendizaje especial para rodar los duelos y estocadas de «El capitán Fracassa»...

—Y para rodar Chopin ¿aprendió usted a tocar el piano?

—Tampoco. No soy un pianista

lo, es cuando madre e hijo se deciden a partir, después de mil zalemas y reverencias.

¿Será preciso que repitamos, para concluir, el antiguo proverbio que para vivir feliz es preciso vivir oculto? Puede ser. En todo caso, siempre habrá en eso una filosofía consoladora, para nosotros que nunca seremos estrellas y no conoceremos nunca los pequeños inconvenientes que constituyen el anverso de tan brillante decorado.

M. GENOVA

muy brillante, pero toco lo suficiente y sé poner las manos, para tener el aire, ¡en la pantalla!, de un gran virtuoso...

—Ahora Blanchar se pone un abrigo marrón, lo que quiere decir que se aproxima el último acto y que debo darme prisa si he de preguntarle algo más.

—¿Quiere usted decir que no se necesita un gran entrenamiento para llevar con facilidad y soltura los trajes de época del «Capitán Fracassa» o del «Jugador de ajedrez»?

—Este entrenamiento, data en mí de mis primeros años de teatro. Cuando se han pasado dos años en el Odeon desempeñando papeles sin importancia vestido con los trajes más extravagantes, uno ya está preparado para todas las transformaciones que se pueda usted imaginar.

—Pero, para la composición de trajes en los films históricos, ¿no necesita usted ciertos trabajos de documentación?

—Sí, y eso es muy interesante. En «El Vals del adiós», mis trajes seguían escrupulosamente año por año, la moda de la época y esta reconstitución me dió mucho quehacer. También tuve que aprenderme todo un capítulo de la historia de Polonia, que desconocía por completo, al documentarme para «El jugador de ajedrez».

### LUCIENNE LEGRAND

Esta gentil artista ha rodado ya en un gran número de films y confiesa que su papel de estrella le ha obligado a aprender muchas cosas.

—Al principio, se imagina una que para trabajar en el cine, basta con ser fotogénica y con saber sonreír ante el objetivo. Nada más lejos de la razón. Mis deberes empezaron con una de mis primeras películas, «Los hombres nuevos». Teníamos que rodar, en Marruecos, muchas escenas de caballos, y tanto mi «partenaire» como yo, no sabíamos una palabra de equitación. Con lo cual quiero indicarle que hubo escenas muy cómicas hasta que conseguí sostenerme en la silla de una manera conveniente. La aventura me sirvió de lección y de acicate para aprender lo que me convenía. De vuelta a Francia me fui a un picadero donde aprendí equitación hasta conseguir rivalizar con las buenas ecuyéres...

Un film que también me enseñó muchas cosas fué «La princesa Lulú», desempeñaba un papel de jovencita, de unos catorce años: era preciso que barriera, lavara y jugara en la plaza a todos esos juegos a que tan aficionados son los muchachos. ¡Allí sí que tuve que hacer esfuerzos para amoldarme! Mis «paternaires» eran muchachos pueblerinos, contratados exclusivamente por M. Donatien para rodar esta escena. Y me trataban como a una pueblerina también, tirándome del cabello y moléndome a puñadas cuando mis progresos en sus juegos no eran tan rápidos como hubieran deseado... Ante estos recuerdos, Lucienne Legrand estalla en una ronra carcajada. Luego, y siempre con muy buena voluntad, evoca para contármelos otros aprendizajes pintorescos.

—En «Miss Edith Duchesse» era preciso que tocara el saxofón. Tomé lecciones durante ocho días con un profesional y para el film «Arpette» tuve que aprender a bailar y a cocinar. ¡Recuerdo que preparé un conejo a la «Jacqueline», que había para chuparse los dedos!

—Y que después se comería usted, ¿no?

—¿Comérmelo? ¡No sé quién hubiera tenido valor de hacer remejante cosa! Era en pleno verano, y las escenas donde salía a relucir el susodicho conejo duraron varios días; de modo que excuso decirle a usted cómo estaba de frescura el día que tuvo que ser guisado...

Los recuerdos culinarios de Lucienne Legrand, no son muy apetitosos que digamos, por lo que cambiamos el giro de la conversación, inmediatamente.

—Además, en «Arpette», tuve que aprender a bañar un niño. Y como el bebé no era de celuloide, sino de carne y hueso, tratábase de no hacerle coger frío o lo que era peor, de no dejar que se ahogara...

Abandono a Lucienne Legrand con una admiración enorme por las variadas facetas de su talento. Bailar, montar a caballo, conducir auto, nadar, cocinar y otras ocupaciones domésticas, educar chiquillos, tocar el saxofón, jugar con los chiquillos... he aquí la de cosas útiles que el cine hace aprender a las «vedettes»...

C. DORE

# El demonio de la popularidad

Aparte del impuesto sobre la renta, el problema más grave que afrontan las estrellas del cinema en Hollywood es encontrar refugio a prueba de advenedizos sociales, de coleccionistas profesionales de autógrafos, de damas y caballeros (por lo menos así lo suponemos) acometidos de impulsos romancescos, y de la mala hierba común de los impertinentes.

Nils Asther creía haber solucionado esta cuestión admirablemente. Su repentina popularidad como romántico héroe de las películas de la Metro-Goldwyn-Mayer le obligó a huir del hotel donde residía en Los Ángeles. No podía sentarse a leer tranquilamente sus periódicos de Estocolmo sin que el teléfono llamase un millón de veces cada velada. Recibía invitaciones a fiestas de gente a quien ni siquiera conocía; urgentes instancias de ir a visitar a señores que apenas sabían pronunciar su nombre.

Aburrido, embolsó su equipo sueco de ejercicios físicos y se mudó a un club de atletismo. Infortunadamente, un criado anota allí a la puerta en una pizarra las entradas y salidas de los socios residentes. No había escapatoria. Sabían al dedillo cada vez que Nils estaba en casa, y el teléfono repiqueteaba hasta que, de puro fastidio, se tomaba él la molestia de responder.

Un buen día de esos, montó en su automóvil y subió a la cumbre de la colina más alta que pudo divisar, buscando allí la casa más elevada y de alquiler más barato que fuese posible encontrar.

—¿Qué calle es ésta?—preguntó al agente de la propiedad.

El corredor movió la cabeza avergonzado.

—Lo siento mucho—se excusó—ipe-ro ni siquiera tenemos todavía dirección registrada en estas alturas!

Nils sacó inmediatamente su libro de cheques.

—¡Magnífico!—exclamó—¡Tomó la casa!

Transcurrieron algunas semanas en perfecta paz y soledad. Nadie, fuera de Nils, su perro «Clumsey» y su criado filipino. El peculiar sueco sentíase feliz. El timbre de la puerta jamás resonaba. La casa no tenía teléfono. Su vecino más próximo no

existía, en cuanto a Nils se refería.

Luego, sobrevinieron las calamidades.

El Estudio insistió en que Nils instalase un aparato telefónico. La Compañía de telégrafos se negaba a entregar mensajes de los Estudios a aquellas alturas.

Vibra la campanilla del teléfono.

—¿Quién diablos llama?—desde las profundidades del lecho de plumas de Nils.

—Usted no me conoce, Mr. Asther, pero yo soy un gran admirador suyo y esperaba que me hiciera el gran servicio de venir a la celebración de mi cumpleaños...

¡Plank! Colgado el receptor.

Después de eso, algunos amigos de Nils confiaron a otros amigos el lugar de su retiro. A su vez éstos lo contaron a otros amigos, que perpetuaron la interminable cadena, hasta que una procesión de gente perfectamente desconocida comenzó a visitar al actor, felicitándole por su elección de aquella casa y sugiriendo que era un sitio maravilloso para dar una gran fiesta.

Los vendedores ambulantes de alfombras armenias no superaban, por cierto, en entusiasmo a la bandada de corredores de todas clases que acudían a casa de Nils en persecución de algún negocio.

El contrabandista de licores de Fulano y Zutano tenía un champafia magnífico que podía dejarle a 135 dólares la docena. Nils no tenía intención alguna de pagar 135 dólares por un cajón de champafia para que se lo bebiesen otras personas. Querían venderle de todo: automóviles, muebles de bambú, pianos, radios, mantelería, entrada como socio en clubs de la ribera, lotes de terreno en Las Vegas, Nevada; pedíanle donaciones para fondos destinados a éste o aquél propósito, y que firmara cheques para sostener causas de las cuales ni él ni los solicitantes entendían una palabra.

Podéis imaginar la confusión de Nils cierto domingo por la mañana en que, vistiendo todavía su pijama, abrió la puerta de su casa en contestación al timbre de llamada y se encontró con cierto individuo a quien había conocido incidentalmente en la peluquería y que se presentaba acompañado de toda su familia, preparados

a pasar el día entero en su morada, admirando la perspectiva de la isla Catalina, sin necesidad de anteojos de larga vista ni la incomodidad y el gasto de una excursión marítima.

Y figuráos también la desesperación de Herr Asther cuando, al regresar a su casa en cierta ocasión a altas horas de la noche, descubrió parado frente a la entrada el automóvil de un amigo, cuyo "chauffeur" había aprovechado para llevar a su novia con el objeto de que conociese personalmente a Nils y pudiera jactarse después de ello entre sus conocidos.

O imaginad lo mucho que gozaría nuestro héroe con una visita que le hizo, a las cuatro de la mañana, uno de los camareros de cierto club ruso nocturno, que venía a leer a Nils un argumento original que estaba seguro que el bondadoso Mr. Asther presentaría personalmente a Louis B. Mayer y que aportaría a su autor dinero suficiente para pagar su pasaje de regreso a Vladivostock.

Los percances de Asther no son exclusivos de él sólo, sin embargo.

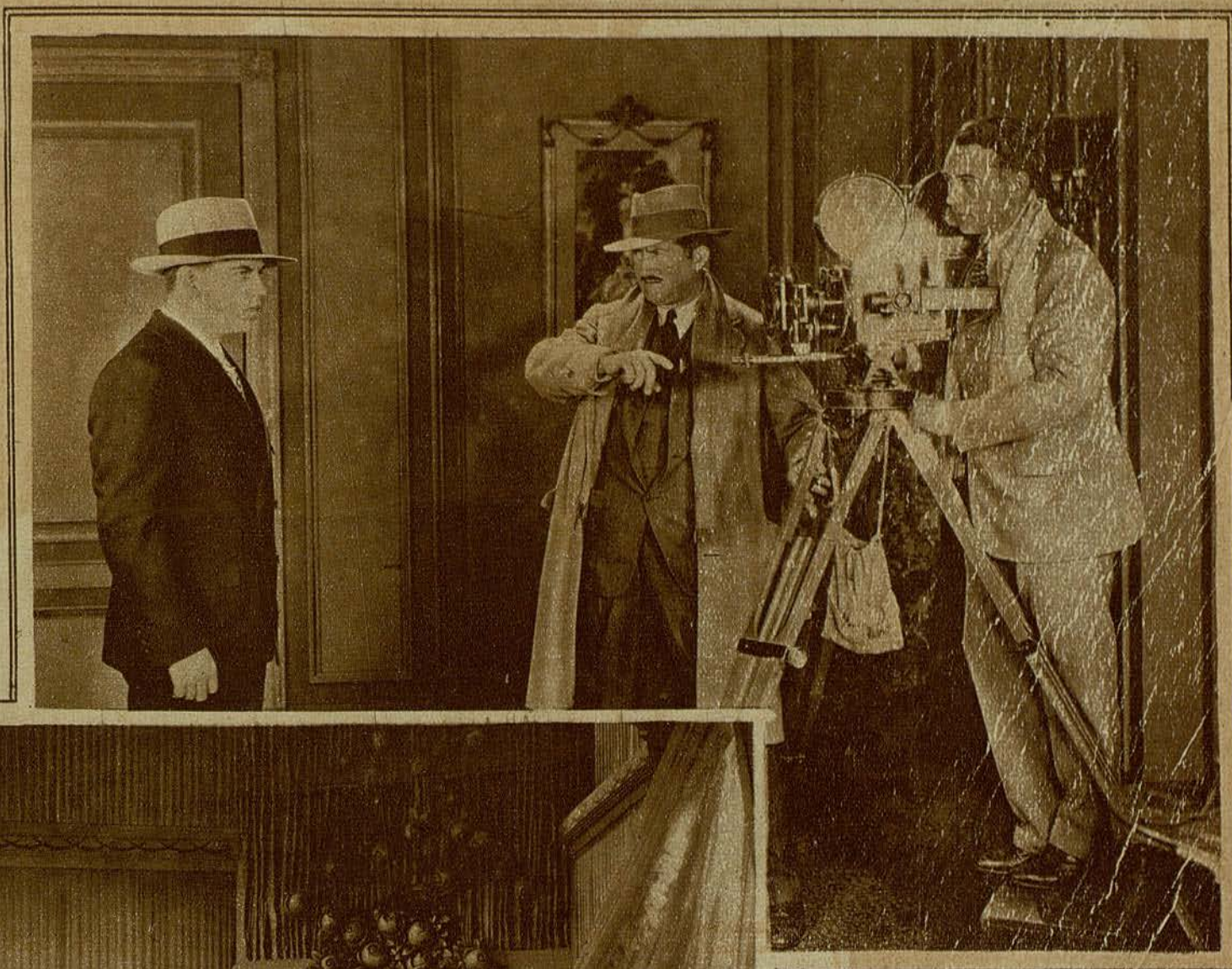
Lew Cody, en la cumbre de su popularidad, se vió obligado a abandonar su casa de Beverly Hills y alquilar un pabellón en la ribera para poder dormir. Sus "amigos" invadían su morada a todas horas del día y de la noche, y no le dejaban un momento de reposo mientras había viandas en el refrigerador y licores en el sótano.

"No podía siquiera meterme al baño sin que alguien me persiguiera"—lamentábase Cody.

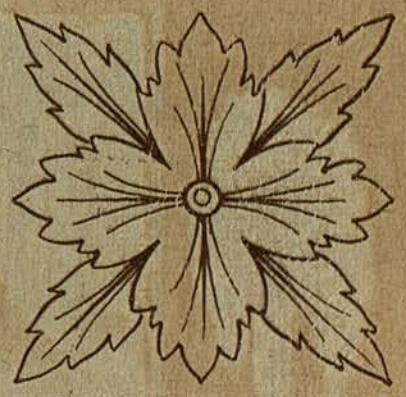
Norma Talmadge hubo también de abandonar su residencia últimamente para irse a vivir en un hotel. Bess Meredith, que tiene reputación de ser una de las más brillantes amas de casa, cerró su elegante villa en Crescent Heights y tomó asimismo un modesto departamento en un hotel.

"Necesito intimar un poco conmigo misma"—explicaba ella—. "Por ahora apenas sé cómo me llamo".

Alce White, la chica más modernista entre las chicas modernistas de Hollywood, es otra refugiada de la francachela eterna; y Jean Crawford se escapó hace tiempo a una casita de los arrabales, tan alejada de la ciudad como fué posible, y donde pocas almas intrépidas se aventuran a arriesgarse sin una invitación definida y especial.



LA NOTORIEDAD ANTE LA PANTALLA  
 APENAS DESTACA UNA PERSONA EN CUAL-  
 QUIER ESPERA. LOS TENTACULOS DE LA CI-  
 NEMATOGRAFIA SE TIENDEN PARA APRE-  
 SARLA. HE AQUI A GEORGE YOUNG, EL HE-  
 ROE DE LA TRAVESIA A NADO DEL CANAL  
 DE SANTA CATALINA. DEJANLOSE FILMAR  
 EN LOS ESTUDIOS LASKY, DE HOLLYWOOD



NORMA TALMADGE  
 NORMA SE ACERCA AL BALCON VESTIDA  
 CON UN VAPOROSO «SALTO DE CAMA», QUE  
 POETIZA SU ELEGANTE BELLEZA. ESTO SU-  
 CEDE EN UN FILM DE FISRT NATIONAL.

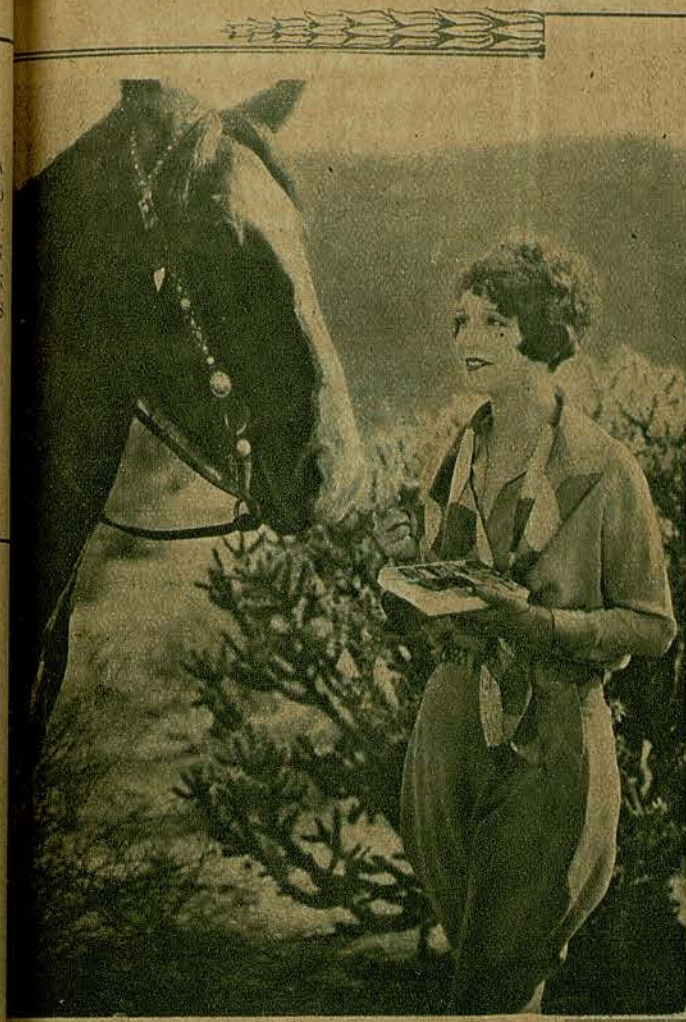


NORMA SHEARER

LA MORENA FINISIMA QUE BRIL-  
 LIA CON CRECIENTE FULGOR EN  
 EL CIELO DE HOLLYWOOD, ESTA  
 EN SU CASA. NO FILMA. ESE RAMO  
 QUE DECORA SU HOMBRO, NO FOR-  
 MA PARTE DE UNA CARACTERIZA-  
 CION; ES UN CAPRICHIO PURAMEN-  
 TE PERSONAL



JACKIE  
 EL PEQUEÑO — CADA  
 VEZ MENOS PEQUEÑO  
 — ACTOR DE LA M. G.  
 M., APARECE CON UN  
 UNIFORME MILITAR EN  
 UNA DE SUS ULTIMAS  
 PRODUCCIONES



2

1. BETTY JEWEL  
 AMAZONA ENTUSIASTA, APARECE CON SU  
 CABALLO FAVORITO, TARZAN, EN UNA PE-  
 LICULA RECIENTE

2. FANTASIAS TRASATLANTICAS  
 MISS DOROTHY SEBASTIEN, GENTIL ARTIS-  
 TA DE LA M. G. M., HA TENIDO EL CAPRICHIO  
 DE ESTAMPAR LA ABREVIATURA DE SU  
 NOMBRE EN SU LINDO BRAZO. MUY ORIGI-  
 NAL, PERO DE GUSTO DISCUTIBLE.

3. HISTORIA  
 ESTE CENTURION ROMANO ES EL ACTOR  
 FRANCIS X. BUSHMAN, QUE TIENE UNA  
 ARROGANCIA VERDADERAMENTE LATINA.  
 EL JOVEN QUE LE SONRIE ENTRE ADMIRA-  
 DO Y TEMEROSO, ES RAMON NOVARRO.



ALICE TERRY, la rubia de ojos transparentes, reclinó la cabeza sobre el  
 hombro de un caballero de cierta edad. Idilio difícil, equilibrio inestable. En  
 realidad, un nuevo film de la M. G. M., edificado sobre un célebre argumento  
 de Echegaray.



3



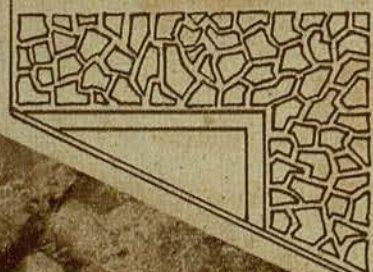


UNA MIRADA DE SOSLAYO  
POLA NEGRI NOS MIRA DE  
REJO VESTIDA CON UN PIN-  
TORESKO TRAJE DE GUSTO  
ORIENTAL, LAS OREJAS FA-  
TIGADAS CON LARGOS PEN-  
DIENTES, UNA CRUZ DE ORO  
Y PEDRERIAS SOBRE EL  
PECHO



ENTREACTO

UN DESCANSO DURANTE LA  
TOMA DE VISTAS DE UNA PE-  
LICULA QUE SE DESARROLLA  
EN EL PARQUE CENTRAL DE  
NUEVA YORK. EVELYN BRENT  
Y LAWRENCE GRAY,  
SENTADOS EN EL SUELO AN-  
TE EL DIRECTOR FRANK TUT-  
TLE, QUE OCUPA LA SILLA.



**Jueves**  
**Cinematográficos**

**NUM. 8**  
**ABRIL, 21**

**El Día**  
**Gráfico**

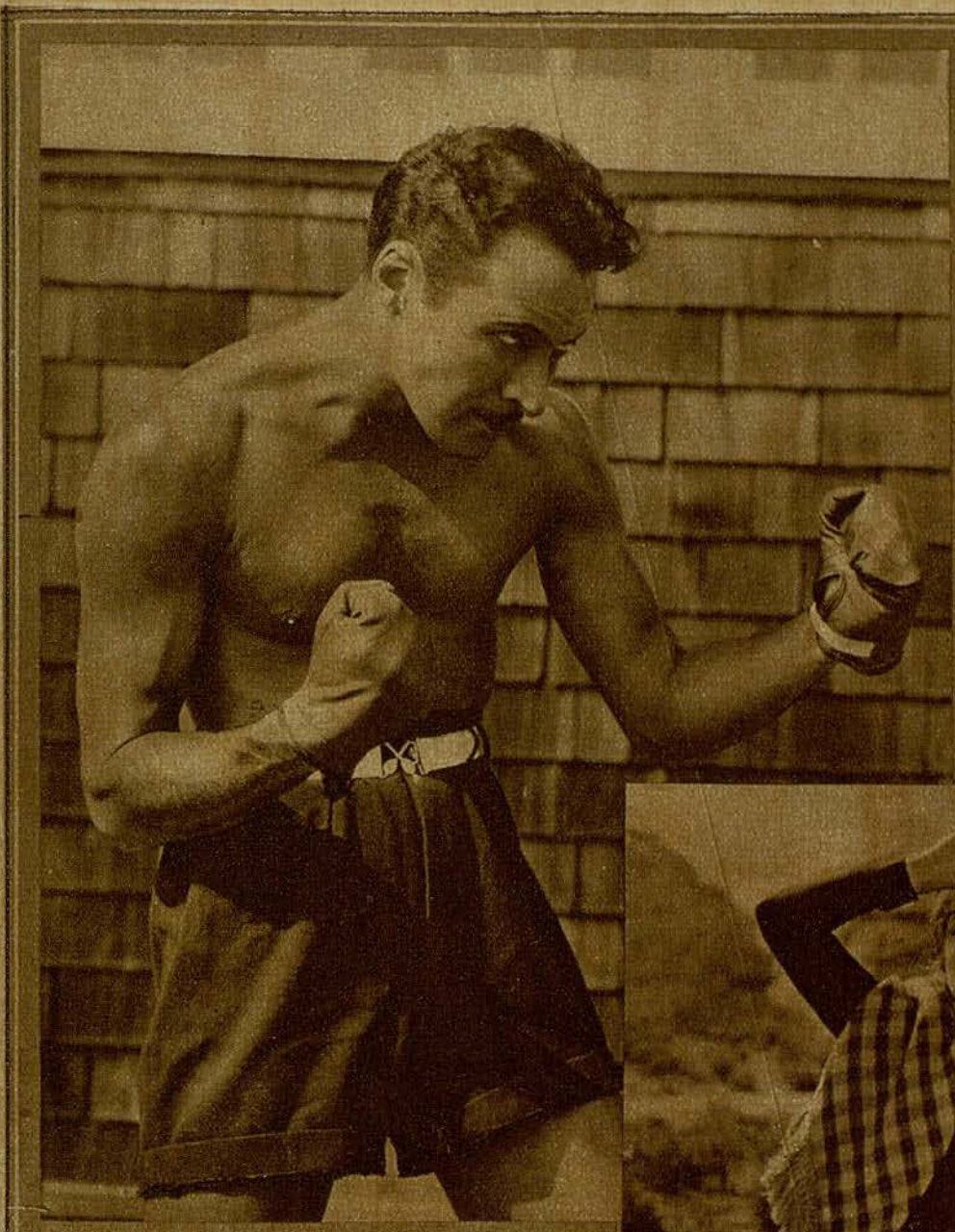


EVA NOVAK, artista de la Pro. Dis. Co., nos aparece en la más estrecha intimidad, en su cuarto dormitorio. Pero el magnífico salto de cama que cubre su lindo cuerpo, nos hace prever que tenía las haberecciones de nuestra curiosidad.

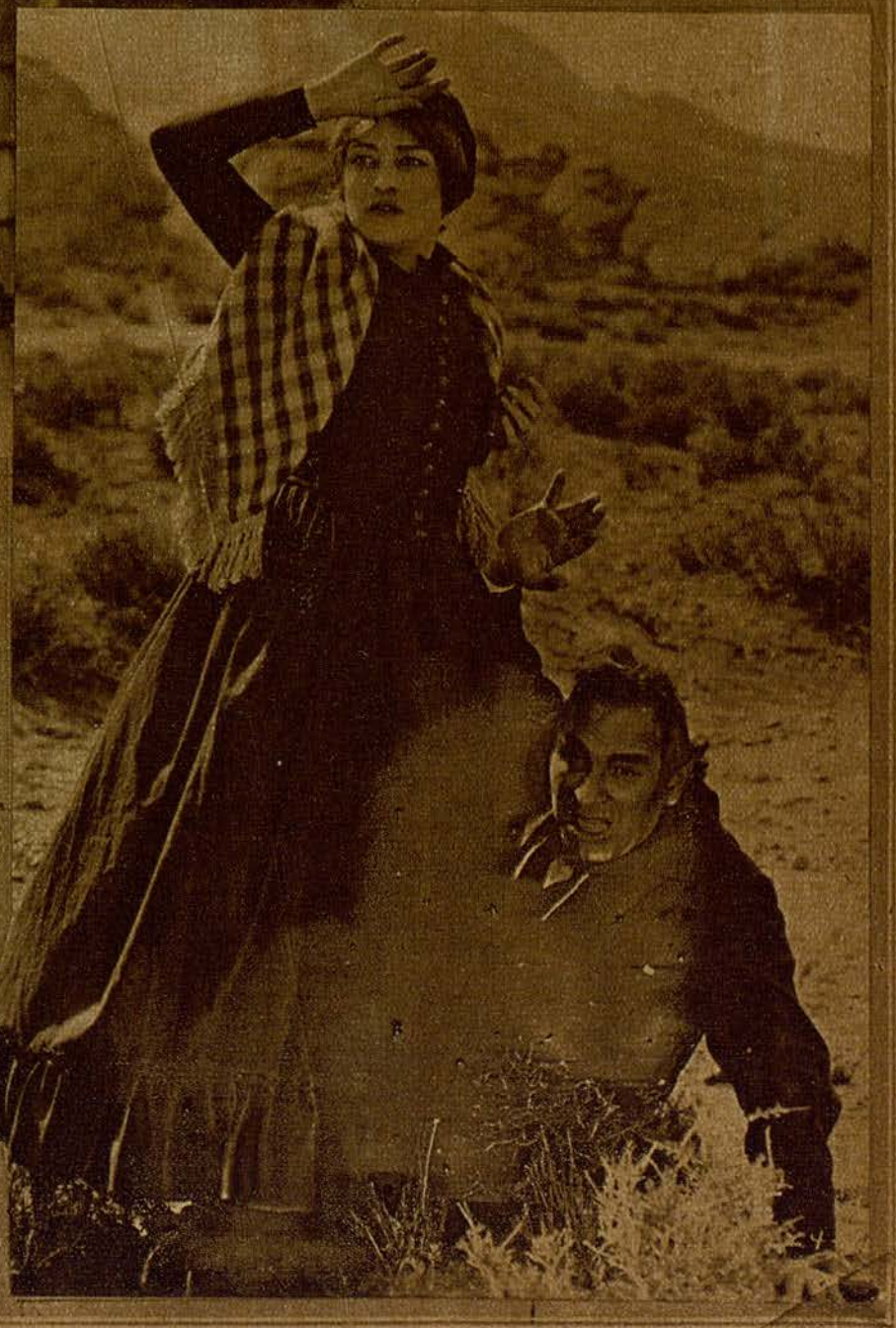


MR. ADOLPH ZUKOR

PRESIDENTE DE LA PARAMOUNT FAMOUS LASKY CORPORATION, EMINENTE FIGURA DE LA  
CINEMATOGRAFIA AMERICANA, QUE HA SIDO HUESPED DE BARCELONA DURANTE UNOS DIAS



**ENTRENAMIENTO**  
ROD LA ROCQUE, EL  
ARCHI-CONOCIDO PRIMER  
ACTOR DE LA PRO. DIS. CO.,  
SE ENTRENA PARA DESEMPÑAR  
DIGNAMENTE UN NUEVO PA-  
PEL EN QUE LOS PUSOS  
TIENEN UNA GRAN  
IMPORTANCIA



**MOMENTO CRITICO**  
LA TIERRA ARIDA DE LA  
FRONTERA MEJICANA. ELLA,  
QUE ALZA ANGUSTIOSAMENTE  
LA MANO COMO PARA PRECAVERSE  
DEL PELIGRO QUE LA AMENAZA; EL  
QUE SE DERRUMBA SINTIENDOSE  
PERDIDO... ¿QUE ES TODO ESTO?  
PARA MAS DETALLES EN  
UN NUEVO FILM DE LA  
PRO. DIS CO.





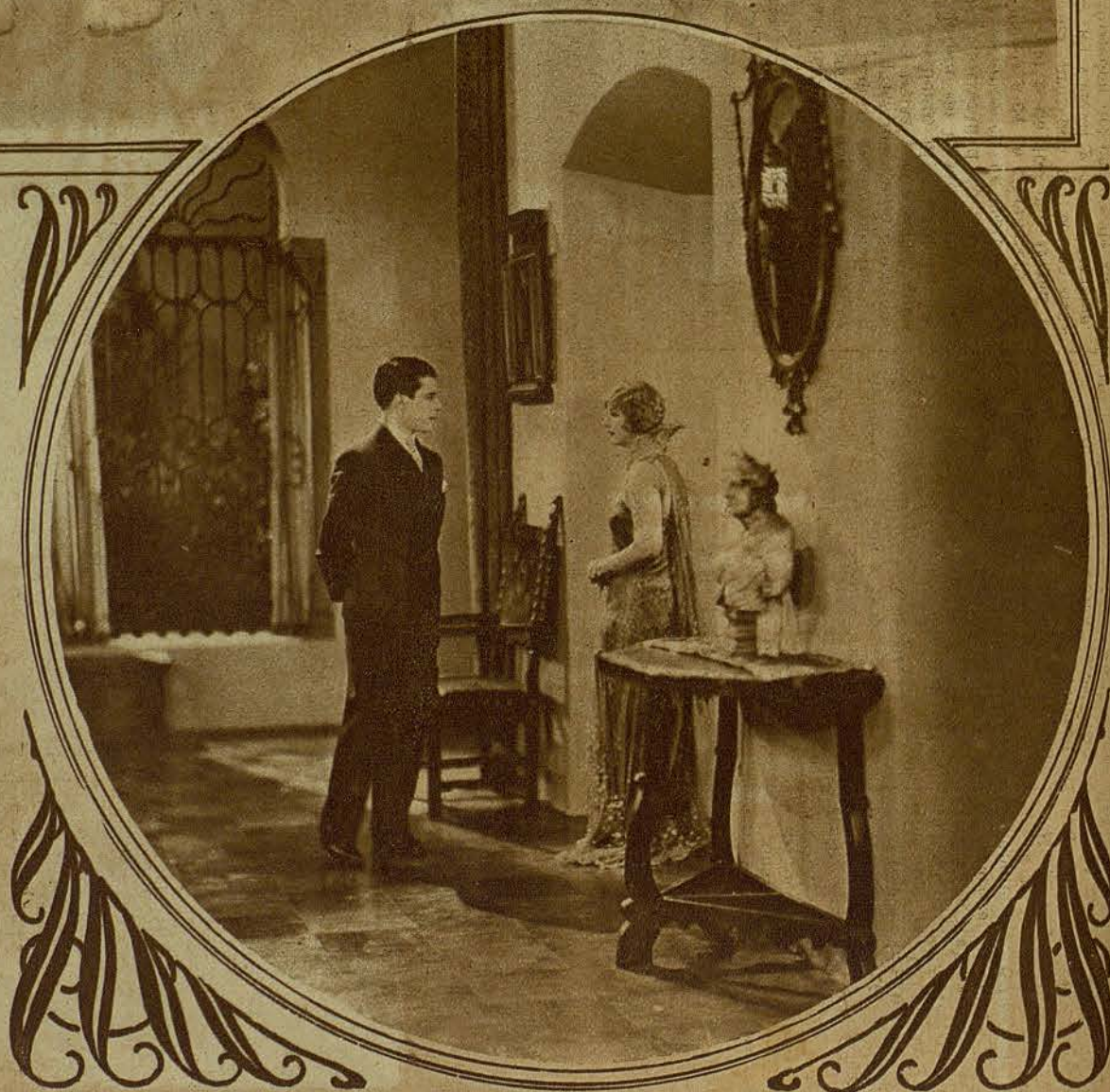
**JUGAR!**

JUNIOR COGHLAN APROVECHA UNOS MINUTOS DE SUSPENSION DE TOMA DE VISTAS PARA JUGAR A BARCOS DENTRO DE UN BARREÑO QUE NO FORMA PARTE DEL DECORADO



**AMBIENTE ESPAÑOL.**

EL MORENO RAMÓN NOVARRO Y LA RUBIA ALICE TERRY, DIALOGAN EN UN VESTIBULO AMUEBLADO Y DISPUESTO SEGUN LA TRADICION HISPANICA: LA REJA, EL ARCA, EL SILLON FRAILUNO...



## ARGUMENTOS DE PELICULAS

# VENUS

La princesa Beatriz Doriani era guapa y rica. Una viudedad prematura habíala dejado propietaria y presidenta de una gran compañía de navegación, la «Doriani Line»; pero la princesa tenía una confianza ciega en sus directores, y no hacía más que raros actos de presencia en las oficinas de la Compañía.

Beatriz amaba el mar, los buques y, sobre todo, su yate «Venus», donde se daban fiestas suntuosas y que con frecuencia traspasaban la línea de la moral, llegando hasta el libertinaje.

Entre los muchos aspirantes a su mano, que suspiraban a su alrededor, el marqués Gilbert de Valroy era, sin duda, el favorito.

Una noche de fiesta, en las costas de Chipre, Beatriz no vaciló en resucitar a la Venus antigua, exhibiéndose en un acuaplano. Así fué vista por todos sus invitados. Los pasajeros de un barco anclado en las proximidades, tuvieron también ocasión de ver a la «Venus» triunfante.

Entre esos pasajeros hallábase un tal Zarkis, que, con su compañera Marchetta, se dedicaba al vergonzoso tráfico de blancas.

Algún tiempo después, Zarkis hallábase a bordo del «Semillante», un paquebot de la «Doriani Line». El comandante del «Semillantee», Franqueville, conocía el vergonzoso comercio a que Zarkis se dedicaba, por lo que le prohibió terminantemente que ejercitara su lucrativa y sucia labor a bordo.

Este cínico creyó conveniente reírsele en las narices.

—No acepto lecciones del criado de una mujer que es peor que la última de las jóvenes «alegres»...

El comandante Franqueville sintió que aquel ultraje le azotaba la cara como un latigazo.

Zarkis, complacido, contaba lo que

había visto en Chipre, desde el buque en que navegaba como pasajero.

Creuyendo todo aquello una odiosa mentira, Franqueville se precipitó sobre el que creía un impostor. Se inició una durísima lucha y defendiéndose, el comandante castigó tan duramente a Zarkis, que en uno de los golpes cayó al mar. Cuando se en contró su cuerpo no izaron más que un cadáver.

El comandante Franqueville vióse obligado a comparecer ante un consejo de disciplina, pero no intentó siquiera defenderse. Fué destituido de su empleo y arrojado de la Compañía. Beatriz sancionó su desgracia avalando el expediente de inhabilitación con su firma; sin leerlo siquiera, sin pensar ni por casualidad que aquel «asunto de mujeres» habíalo originado ella.

Constantino Zankis, primo hermano de la víctima, puesto al corriente de la verdad de este asunto por Marchetta, creyó sacar provecho del escándalo que podría provocar. Así se lo dejó entrever a la princesa, que, intrigada, informóse del expediente incoado por su consejo. Adivinó que había truncado la carrera de un hombre honrado al que no había tenido ocasión de ver más que una vez, habiéndole causado una favorable impresión.

Se informó de la suerte de Franqueville y decidió ir a buscarle a Orán, en donde se había refugiado para ocultar su desgracia.

Constantino Zarkis había vuelto a verla antes de su marcha; reprochóla su desprecio y juró vengarse.

En Orán, por mediación de un amigo, Beatriz entró en relación con Franqueville, al que se hizo presentar con un nombre falso.

Franqueville la conquistó en seguida por la nobleza de su carácter

y por la bravura que demostró en un accidente del trabajo ocurrido en los docks donde estaba empleado. También al joven le había cautivado la bandad de aquella mujer, pero cuanto más atraído se sentía hacia ella, más sufría al pensar la distancia que les separaba.

Una noche, y para que ella conociera todos los detalles de su vida, escribió una larga confesión de su verdadero crimen y de las circunstancias que lo habían provocado. Beatriz comprendió que era ella la verdadera culpable. Devolvió la carta a Franqueville, rogándole que perdonara y olvidara...

Franqueville, no pensando más que en su dicha presente, desgarró la carta, pero los pedazos fueron recogidos por un detective a sueldo de Zarkis, que pudo de este modo enviar a éste una prueba irrecusable de la culpabilidad de aquél, que ahora hacía latir con pasión el corazón de la princesa...

Durante aquel tiempo, en París, Gilbert de Valroy encontraba la ausencia de la princesa un poco larga. No teniendo otra cosa mejor que hacer, fuese a Orán en busca del yate «Venus». Beatriz, prevenida de su llegada, fuese al yate y rompió con él. Pero Franqueville, por una casualidad, había sorprendido esta entrevista y había descubierto al mismo tiempo la verdadera identidad de la que tanto amaba.

¿Por qué la princesa había desempeñado ese papel en aquella odiosa comedia?...

Desalentado, decidió marcharse al Atlas en misión, con un médico árabe. Beatriz intentó verle, pero él la rechazó, indignado. Ella confesóle el amor que había sabido inspirarle... y él se rió...

De vuelta otra vez en la «Doriani

En el entreacto dos amigas charlan:

—Es verdad, soy una sentimental, no lo niego; prefiero los films románticos, esos films que conmueven y hacen llorar. Cuando, por el módico precio de tres pesetas, llego a sufrir toda una tarde, no me arrepiento de haber gastado el dinero me considero la joven más dichosa del mundo.

—A mí no me gusta eso. Cuando lloro me hacen daño los ojos y las

Linie», recibió Beatriz la visita de Zarkis, que le enseñó la prueba escrita de la culpabilidad de Franqueville; quería obligar a Beatriz a que se humillara... y al mismo tiempo, incluso a que se deshonrara. Exigía que resucitase de nuevo en una fiesta que ofrecía a sus amigos la «Venus de Chipre».

Beatriz, para salvar a Franqueville, aceptó... Entonces Zarkis, después de haber tenido a sus plantas suplicante a aquella mujer, a cuya presencia temblaban todos, le ahorró el verdadero suplicio de que había hablado...

Devolvióle la carta acusadora y entonces ella no pensó más que en volver a encontrar y a reconquistar a Franqueville.

Volvióse a Orán, e internándose por el «bled», fuese hasta el corazón del Atlas, y estaba a punto de alcanzar a Franqueville. Llevaba una pequeña escolta para andar por aquellos peligrosos parajes. Llegaba ya cerca del campamento de Franqueville, cuando éste fué atacado por unos merodeadores del desierto.

En la batalla una bala alcanzó a Beatriz, hiriéndola en la espalda.

Llevaronla bajo la tienda de Franqueville. Este, ansioso, esperaba el veredicto del médico. «La herida no es grave—dijo éste—; la joven vivirá.»

En aquel momento Beatriz abrió los ojos y vio a Franqueville inclinado hacia ella... que hizo acopio de energía para pronunciar el nombre del joven.

En su crispada mano tenía la carta fatal; tendióse a él, murmurando:

—¿Y ahora, crees en mí?

Acercóse Franqueville a la herida y un sonoro beso dióle la respuesta tan deseada.

lágrimas me echan a perder el «rimel».

—También he de confesarte que tengo gustos muy personales. Pruebas: Charlie Chaplin, sin dejar de reconocer que es un gran artista, pues... me fastidia. Y de Harold Lloyd no hablemos... todavía no he comprendido las comicidades de ese hombre. No me hace reír aunque me haga cosquillas en las plantas de los pies. Consiento más bien en reír las gracias de Buster Keaton, a causa de su fiena y su impasibilidad... Te lo repito, mi preferencia va directamente a los films dramáticos, esos films que cortan la respiración.

—Entonces, ya sé cuál es tu ideal: Mary Pickford, ¿verdad?

—¡Ah! de ninguna manera. Hace ya demasiado tiempo que desempeña papeles de niña. Prefiero a Bebé Daniels o Colleen Moore. A estas no se les puede adivinar exactamente la edad. Por otra parte, ¿sabes lo que pienso? Que el arte cinematográfico es beneficioso a la salud. ¿No ves cómo los artistas, en general, rebosan salud y juventud? Cuando pienso que Mae Murray está próxima a cumplir cincuenta años y todavía la vemos desempeñando papeles de jovencita...

La sala ha quedado a oscuras. Las dos amigas continúan charlando, pero una ola de «psh... psh» ahoga su conversación.

El que frecuenta las salas de cine y no observa al público, pierde la mita del espectáculo.

El público de cine es, en gran parte, un público competente y completamente distinto del que frecuenta los teatros.

En el teatro los espectadores no saben nada o casi nada de la vida de los actores y de los autores. Oyen la pieza teatral, y nada más. En el cine, por el contrario, el público está al corriente de todo. Conoce a las estrellas, sus vidas, las aventuras verdaderas que han tenido (y son numerosas), y las aventuras inventadas, que todavía son más; las interpretaciones, etc., etc.

Habla de las estrellas de Hollywood, de «pose», de metraje, de interiores, de trucos, de dólares; sabe que Norma Talmadge se sujetó a tres meses de tratamiento para adelgazar, cuando se preparaba a morir tísica en «La Dama de las Camelias».

No ignora tampoco que Charlot tiene cuarenta y nueve años y pico, y que se tife el pelo; que la preciosa Gloria Swanson no tiene más que un metro cincuenta de talla; que Menjou se pasa dos horas cada mañana dándose masaje en la cara, para impedir que sus cincuenta años traicionen su partida de nacimiento.

El arte mudo, dejará muy pronto de ser mudo. Las estrellas silenciosas pronto nos permitirán oír su voz. El silencio, que era de oro, deberá ceder ante la palabra que no se resigna a ser plata. Es una revolución; ya no se habla más que de eso. Pero, hablando muy bajito, y entre nosotras: en esta combinación de visión aliada con el sonido, ¿qué significado tiene la palabra «sincronismo»? Me da muy mala espina, antojaseme sospechosa.

En la sala a oscuras, se ven tipos únicos en su género. Hay espectador (casi siempre es una espectadora), que tiene la manía de leer en alta voz los títulos, literatura más o menos «fané», pero literaura, a fin y al cabo. ¡Qué delicia para los vecinos!

La espectadora lee, extasiada, perdida en el torbellino de sus bellezas estilizadas, mientras los vecinos protestan a más y mejor; pero la «apasionada» no cesa en su tarea. Continúa la lectura en alta voz... ¡Maldita sea la instrucción obligatoria!

Más gentiles son los espectadores (casi siempre ella y él), que, mientras la acción se desarrolla en la pantalla, quieren adivinar los acontecimientos.

—Te apuesto lo que quieras a que ella le abandona.

—¡Qué disparate!.. ¿No ves que le quiere con locura?

—Pero, ella le abandonará... precisamente por eso, porque le adora. adivinan nunca lo que va a pasar, y siempre os quitan el placer de lo imprevisto, de la sorpresa.

Son los impacientes de la vida, los que no pueden esperar, los que, siempre, apuestan con el destino. Y a menudo, se equivocan, naturalmente.

B. S.

(Del «Corriere della Sera».)

## Dos reportajes en un rincón del mundo

*"La curiosidad del público ha llegado a ser insaciable. En cualquier lugar del mundo en que se desarrolla un acontecimiento de interés, inédito u original, quieren, no sólo conocer todos los detalles, gracias a la Prensa, sino verlos gracias a la pantalla, la una como complemento de la otra. Saber y ver: dos palabras terribles, para las que cada hora, cada segundo, en todas las latitudes, bajo los cielos abrasados de los trópicos, como a través de los inmensos páramos helados de los polos, en el mar, en los aires, los repórters van a la busca y captura de noticias y los operadores en tras del documento."*

El 12 de abril de 1927, John Dored, un repórter de «Paramount News» recibió en Riga un cable de Nueva York en el que se le ordenaba que saliera sin pérdida de tiempo para Spitzberg al encuentro de la expedición Nobile. Con la misma facilidad con que van ustedes a la calle y toman un taxi, él coge la cámara y la maleta, toma el primer tren que sale, atraviesa el golfo de Rigaentre Reval y Helsingfors, pasa a Abo, luego a Stockholin y de aquí a Oslo. Aquí se informa de los medios de comunicación de que puede disponer para efectuar su viaje. Provisto de todas las indicaciones necesarias, vuelve a tomar el tren hasta Frondhem y luego un buque hasta Tromsoé. En este puerto debe encontrar un pequeño buque, dedicado a la caza de focas, el «Mina», de sesenta toneladas, al que encontró en Oslo, se presta gustoso a llevarle hasta Spitzberg.

El 21 de abril leva anclas el «Mina» y abandona Tromsoe, llegando, después de diez días de tormenta, a Port-Vert. El viaje ya estaba terminado, y ahora iba a empezar el reportaje. Oigamos al mismo Dored contar su odisea:

«De Port-Vert tuve que irme a pie a Green Harbour, donde se hallaba la estación de T. S. H. Después de haberme indicado con el dedo la dirección, el capitán me deseó una buena suerte. Su tarea había termi-

nado; no tenía ahora más que esperar mi regreso. Para recorrer una milla y media, aproximadamente, con mi aparato a la espalda, tuve que invertir lo menos tres horas. Cuando llegué a la estación, estaba completamente agotado. Wilkins, que había sido prevenido de antemano de mi llegada a Spitzberg, me esperaba. El radiotelegrafista me entregó dos radiogramas en los que se me pedía que hiciera una interviú con el capitán Wilkins y luego que volviera a Noruega lo más pronto posible.

Desde que le hablé de mi misión, Wilkins me declaró que no le era posible acceder a mi deseo, ya que así lo había tratado con otro competidor mío. Y luego, añadió:—«Evidentemente, yo no puedo impedir el que usted me filme; pero consítele que no pienso hacer absolutamente nada para facilitar su trabajo» — En ese caso—le dije—con facilidad o sin ella yo cumpliré mi cometido. La tarea será un poco más dura pero yo obtendré un precioso documento. Wilkins me estrechó la mano y me dejó solo con mi resolución.

Estas múltiples idas y vueltas me habían costado más de dieciocho horas de marcha para recorrer alrededor de diez millas por un terreno cubierto por una espesa capa de nieve. Volví a partir de buena mañana. En el reposo, no había ni que pensar; el que se detiene o se duerme en estos parajes, es hombre muerto. La ley del Norte es caminar, y más caminar, sin descanso. Andaba, pues, y mientras esto hacía, iba combinando un plan. Oculto en una cabaña próxima a la estación pasaba horas enteras al acecho de Wilkins, observando sus raras salidas. Con el teleobjetivo conseguí filmarlo muchas veces, pero eso no era suficiente. Durante este tiempo mi competidor hacía lo que quería, lo que me enardecía sobre manera. La partida, sin embargo, no había terminado, quedaba todavía la «carrera de vuelta», que quizás me procurase ventajas y hasta el honor de llegar el primero. Durante el mismo tiempo el dirigible «Italia» había llegado a King's Bay. La misión era doble y no ha-

bía más remedio que hacerle frente.

Mientras yo intentaba «cazar» a Wilkins, el «Mina», arrastrado por los hielos, se alejaba lentamente. No volvió más que al cabo de cinco días el tiempo preciso para permitirme alcanzar King's Bay, donde debía tomar las primeras «fotos» de Nobile en Spitzberg. En seguida me embarqué en el «steamer» «Hobby» puesto al servicio del general Nobile desde marzo y que volvía a Noruega. El 10 de mayo, el buque no había levado anclas todavía. Cuál sería mi asombro al ver a lo lejos a un hombre, que a través de la nieve se dirigía hacia nosotros. Era Wilkins que venía a solicitar del comandante del «Hobby» que le tomara a bordo con su piloto Eielson y su avión. El comandante aceptó. Durante la visita de Wilkins y Eielson a bordo, no perdí el tiempo: gracias a mi teleobjetivo y a unas cuantas estratagemas, obtuve «planos» satisfactorios de Wilkins. La suerte me sonreía, por fin. El mismo día, 10 de mayo, a las 10 h. 30 de la mañana, Wilkins, habiendo encontrado un lugar favorable para despegar, abandonaba Advent Bay, tomando resueltamente la dirección norte. Registré como es natural esta partida y al avión remontando las maravillosas montañas de nieve que circundan a Advent Bay.

Un poco antes de medianoche, Wilkins volvía después de haber volado por encima del círculo polar.

«Poco después, el avión era izado al puente del «Hobby», donde con toda tranquilidad pude dar las últimas vueltas a la manivela, proporcionando al mismo Wilkins ciertos documentos únicos sobre su magnífico vuelo de Pointe Barrow a Spitzberg.

»Quedaba todavía «el viaje de vuelta» como le llamaba John Dored. Lucha verdadera con el tiempo en la que era preciso ingeniárselas para llegar antes que el colega competidor a Nueva York. Empleando toda clase de estratagemas, utilizando buques, barcas de remo, automóviles, trenes y aviones, Dored llegó por fin a París, donde algunas horas después, adquirió la certidumbre, de que le lleva-

## BIOGRAFÍAS PAUL L. STEIN

ba una gran delantera a su rival. El 25 de mayo, las cajas que contenían el precioso negativo, llegaban a Nueva York, habiendo recorrido la enorme distancia de Spitzberg a Nueva York en treinta días y cinco horas, y la misma noche, una edición especial del film, tirada a más de doscientas copias, se proyectaba en las pantallas newyorkinas, y antes de abandonar París, para volver de nuevo al polo a buscar a Nobile, Dored tenía la satisfacción recibir el cable siguiente que le enviaba Emmanuel Coheu, director de «Paramont News»:

«Felicítote entusiasmo. Interviu firmada Wilkins produjo sensación».

Olvidando todas las penalidades pasadas, Dored volvió a las regiones árticas con alegría y confianza.

Escuchemos lo que nos dice; todas las peripecias de su segundo viaje.

«Debía obrar con mucha precaución, porque si mis competidores hubieran descubierto mis proyectos, hubieran tratado de ponerme todo género de trabas para hacerme fracasar».

Vivíamos en la misma habitación, en el hospital de una compañía carbonera de King's Bay y sólo Dios sabe los equilibrios y combinaciones que tuve que hacer para anular la vigilancia de aquellos compañeros y poderme ir a bordo de «Citta di Milano» a fin de obtener la autorización de embarcar en el «Braganza».

El día en que el navío creyó haber llegado al punto deseado fué, el en que se perdieron Amundsen, Gullbaud y sus valientes compañeros en las inmensidades inhospitalarias del Océano glacial ártico.

El comandante del «Braganza» después de haber puesto al corriente, por telegrafía sin hilos, de la situación al comandante del «Citta di Milano» recibió de éste último la orden de volver.

Con la desesperación en el alma ve Dored que el destino cruel se ceba en él. Además, el «Braganza» está bloqueado por los hielos, poco después de haber doblado el Cabo Norte y las Siete Islas. Dored, sin embargo, sabe que el general Nobile ha sido encontrado y que se halla a bordo del «Citta de Milano». Inmovilizado en los hielos, prisionero del ártico, Dored se desahoga filmando el avión de Magdalena que ha pasado dos veces consecutivas sobre él, en dirección al campamento de Nobile. La radio viene a torturarlo de nuevo. Por fin el 2 de julio de 1927, el «Braganza» puede salir de entre los hielos consiguiendo ganar Virge Bay. A penas llega allí cuando Dored va a ver

Paul L. Stein, que ha alcanzado las cumbres de la fama, en virtud de su actividad en el megáfono, en los Estudios europeos y americanos, es austriaco de nacimiento, siendo natural de Viena.

Su padre, Emil Stein, era un actor de gran reputación en Austria y Alemania, y es natural que Paul Stein estudiase la declamación.

Su primera educación la recibió en Viena, dividiendo su tiempo entre la escuela y el teatro, donde su padre trabajaba.

Cuando tenía 17 años, había ya revelado tales aptitudes para el arte teatral, que su padre obtuvo para él un contrato de Max Reinhardt en Berlín.

Durante tres años, trabajó en la compañía Reinhardt, en el Deustches Theatre, en Berlín, especializándose en los papeles cómicos de las obras de Shakespeare y trabajando bastante tiempo con Rudolph Schildkraut.

Mientras permaneció en Berlín y habiéndose interesado por las películas, escribió y dirigió varias comedias de dos rollos para el Bioscope. Al volver a Viena, se dedicó de nuevo al teatro, siendo director de escena durante varios años, produciendo las obras de Shakespeare y drama moderno, en el German Volks Theatre.

Durante este tiempo dirigió a Rudolph Schildkraut en «El mercader de Venecia».

al comandante del «Citta di Milano» para obtener la autorización de filmar a Nobile. Espera la respuesta durante más de una hora. Esta es favorable; Nobile acepta dejarse fotografiar.

En esto, los dos corresponsales de «Pathe News» e «Internacional News» solicitan el mismo favor, pero ya el asunto del «Italia» ha tomado otra orientación y ven con amargura como les niegan toda autorización. En el tren que conduce a Nobile hacia el sur Dored encuentra todavía el medio de tomar unas vistas de Nobile entre Marvick y Stokhohu. Su misión está cumplida; sus dos reportajes en un rincón del mundo están hechos.

Para que pudiera apreciar las dificultades sin cuento con que tropezó, Dored me cuenta la siguiente historia a modo de conclusión:

«Era en King's Bay. El radiotelegrafista acababa de recibir un despacho urgente para un buque que se hallaba anclado a cien metros escasos de la estación. Durante ese corto trayecto, fué sorprendido a la vuelta por una horrorosa tempestad

Al volver a Berlín, después de la guerra, ingresó en la UFA como escritor y director.

Entre las producciones filmadas bajo su dirección, citaremos «Camila», por Pola Negri y «The Red Peacock», también por la misma artista, que fué muy bien recibido por el público.

El mismo director, que llegó a conocerse como el mejor director para mujeres del Continente, dirigió también a Mady Christians y Lya de Putty. Durante el invierno, Stein dirigió opereta y escribió historias cortas y obras teatrales y antes de dejar la UFA, era ya productor asociado de esta compañía.

El que Stein se marchase a América, fué resultado de un encuentro con Gus Schessinger, de Nueva York, que llegó a ser un admirador de sus películas e interesó a Warner Brothers en el trabajo del célebre director austriaco.

Harry Warner, después de una película de Stein en Londres, se fué a Berlín y persuadió a este director a que le firmara un contrato.

Stein llegó a Hollywood en 1926, donde dirigió varias películas para Warner Brothers.

Ahora, Stein ha sido contratado para dirigir el diálogo de la nueva película de Gloria Swanson, para Los Artistas Asociados, «La Reina Queilly».

de nieve, que en pocos minutos llenó las profundas anfractuosidades dejando el terreno llano. Confiado en su conocimiento del terreno, el hombre lucha contra la borrasca para ganar de nuevo la estación. Ya está a punto de llegar cuando súbitamente desaparece; cae en una grieta del terreno, llena de nieve blanda. Cuatro meses después le encontramos completamente intacto.»

Dored me ha contado todo eso con los ojos fijos en un horizonte misterioso... luego como remate, dice: «¡Eso es todo!»

Nunca creí que una frase tan corta pudiera tener tan amplio significado. Resumí todo lo ignorado de las regiones árticas con una brutalidad dolorosa. «¡Eso es todo!»

Así es el alma de estos hombres intrépidos que van a través del mundo para satisfacer la insaciable curiosidad humana, y de los cuales, dos, Joe Rucker y Williard Vander Veer, están actualmente con el comandante Byrd en el polo Sur, firmando su gloriosa expedición.

R. HERVOUIN

# Confesiones de Renée Adorée

¿Qué si he reflexionado sobre las diferencias psicológicas que existen entre francesas y americanas? ¿Qué les dé mi opinión? No, a fe mía. Pondrían ustedes en mi boca un cúmulo de cosas, en las que ni me habría ocurrido ni pensar.

Los grandes ojos de Renée Adorée brillaron intensamente y sus espaldas hicieron un movimiento elocuente. Es preciso añadir, que las espaldas de Renée son asombrosamente expresivas y saben manifestar la cólera, la alegría y la sorpresa con tonalidades infinitamente sutiles.

—La sutilidad es, por otra parte, una cualidad esencialmente francesa, —dice sonriendo— y que los americanos no poseen en absoluto. No obstante, ellos son siempre los primeros porque se despachan a fuerza de correr sin descanso. En Francia, la vida es más tranquila, más lenta. Mientras se es joven todo sale a pedir de boca, pensando que hay mucha vida por delante, mucho camino a recorrer. Más tarde, cuando uno quiere darse cuenta ya no hay remedio.

«Es verdad que las mujeres de aquí tienen una resistencia extraordinaria. Trabajan todo el día y bailan buena parte de la noche. La francesa es mucho más delicada, se fatiga más, no obstante haber probado durante la guerra que sabía estar a la altura de las circunstancias.

»Lo que más asombra es la libertad de que aquí gozan las jóvenes. Así se explica que sepan desde muy niñas lo que quieren y, el medio de obtenerlo. Los hombres no tienen más que inclinarse. Ellas dicen: Dadme esto, dadme lo otro, haced esto, haced lo otro. ¡Deprisa, vivo!»

Renée Adorée unía la acción a la palabra, sus dedos chasquearon y sus ojos tomaron una expresión autoritaria.

—¡Ya ve usted, ya he cogido la entonación! —dijo y una alegre sonrisa iluminó su rostro.

—Al principio estaba asustada. Iba a las reuniones y veía, a las jóvenes mandar y obedecer a los hombres. En Francia, las cosas no son así. El hombre es el que guía y la mujer quien sigue. Claro, que ésta encuentra el medio de no hacer más que

lo que quiere, pero se conduce para conseguirlo de un modo diferente... con más delicadeza. Desde muchas generaciones, hemos cultivado el arte de agradar, de fascinar, y tratamos por todos los medios, de hacer creer a los hombres que nuestro deseo es realmente su voluntad. Nuestros compañeros están dispuestos, para seducirnos, a ofrecernos el mundo entero. Ellos son los que dan, nosotras aceptamos. Creo que si nos limitáramos a pedir, el choque con nuestro complemento, o «pertenaire» de la vida, sería fatal.

De nuevo la risa de Renée se desgranó en notas cristalinas.

—Voy a ponerle un ejemplo: Una mujer espera a un amigo que la ha de llevar al teatro. El amigo por causas que no es preciso mentar, no va. Ella espera, hasta que por fin llega... a penas si manifestará su fastidio por la tardanza; cuando más, le recibirá con un poco de frialdad...

«¡Aquí, cuando el señor llega, se enterará de que la dama se ha ido con amigol...»

»Cuando llegué aquí era muy reservada. Esperaba que vinieran a mí, Nadie se acercaba. Estaba como si dijéramos en un rincón, olvidada y me sentía muy desgraciada y hasta extraña. Mamá que es muy lista, me dijo: «Renée, eres una tontuela. No estás en Francia y por lo tanto es preciso que aprendas a conducirte a la usanza americana, y puesto que tanto te gusta este país, mejor para tener éxito. Mira lo que hacen las otras jóvenes y procura imitarlas».

«Y eso hice: Pronto aprendí a decir: Dadme, dadme, dadme...» y cosa curiosa, en seguida obtuve lo que deseaba.

»No obstante, usted sabe que soy francesa. El prestigio de una extranjera es innegable que ejerce una atracción irresistible en el público. La novedad, quizá. De todos modos, yo me he americanizado inconscientemente, lo que me permite ser un poco de los dos países, y muy dichosa.

»¿América? Para una joven ambiciosa que quiera crearse un porvenir y ganar dinero, es el paraíso—continuó Renée con calor.

En Francia, antes de la guerra, únicamente en el teatro podía una

mujer tener esperanzas de ganarse la vida. Hoy es diferente; muchas carreras se abren ante la mujer, bien que tenga que tropezar con los celos de los hombres que ven disgustados cómo sus dulces compañeras invaden los dominios que hasta hace poco fueron de su exclusividad.

»¿Puede usted decirme por qué motivo la «vamp» ha de ser siempre francesa? Dios sabe que los hombres aquí son poco tolerantes con la conducta. La esposa y la hija son casi siempre modelos de virtud. Pues bien, en los films, la francesa es siempre la aventurera. Esto es vergonzosamente injusto.

»El matrimonio? Creo que en todos los países, las jóvenes deben tener los mismos puntos de vista sobre esta cuestión; aunque no conozco suficientemente a las americanas para permitirme juzgarlas. Para la joven francesa, el matrimonio es lo más importante de su vida. Toda una educación la prepara para ello, y el divorcio es raro, porque la mujer atiende con preferencia al hogar y a los hijos.

Renée Adorée se interrumpió de pronto y fijó en mí sus grandes y maravillosos ojos animados de un extraño fuego:

—¡Y yo que había jurado no decirle nada! Hace una hora que estoy hablando sin descanso. Prométame al menos que no repetirá lo que acabo de decirle.

M. G.

## «EVANGELINA»

Finis Fox, célebre autor de argumentos cinematográficos, adaptó a la pantalla «Evangelina», que actualmente produce Edwin Carewe, para Los Artistas Asociados, con Dolores del Río como principal estrella.

Fox adaptó también a la pantalla «Ramona» y «Venganza» ambas interpretadas también por Dolores del Río.

Mr. Fox recibe muchas felicitaciones por su trabajo, y la crítica de Hollywood la proclama como una de las mejores que se han hecho.

## Lo que enseña el Cine a las "estrellas"

*"Para ser estrella de la pantalla, no basta con ser fotogénico. Las peripecias de un film obligan a menudo a los actores a desempeñar hazañas y actos que necesitan mucha destreza y gran entrenamiento. Así vemos a las estrellas, dedicarse a los deportes o desempeñar oficios para las necesidades del cine... Dos "vedettes" de la pantalla francesa, Jean Angelo y Suzy Vernon, han tenido a bien hablarnos de las proezas a que les ha obligado su categoría de estrellas".*

### JEAN ANGELO

Un auto descubierto espera a Angelo ante la puerta de su casa. Aprovechando la belleza y placidez de esta mañana dominguera de primavera, va a salir disparado, dispuesto a hacer los cien por hora, por esas carreteras. Excelente atmósfera para hablar de deportes...

—No he esperado a trabajar en el cine para practicar los deportes más diversos—me dice—. Montar a caballo, nadar, tirar armas, conducir automóvil, todo eso me es familiar hace mucho tiempo. Se debe ser deportivo antes de meterse a actor de cine. Y, si no temiera ser paradójico, diría hasta que el deporte es un excelente aprendizaje para la profesión de «vedettes».

De todos modos..., ¡no es tirando armas como usted ha aprendido a mantenerse bien ante la cámara!

—Pero ¡sí yo le asegurara a usted que eso influye mucho! Ser deportivo es ejercitarse en los reflejos, adquirir la seguridad, la precisión del gesto. También en el cine todo es «movimiento». Y, bajo la cegadora luz de los «sunlights», se debe saber, como en esgrima, mandar a sus músculos, obtener de ellos el gesto exacto que se necesita...

—¿No me dice usted nada de las proezas que ha llevado a cabo, o que se le han encomendado en sus films?

—No sé... conducir autos, batirme en duelo a espada, sable, pistola..., nadar, bucear, tomar buques al abordaje. Montar a caballo, conducir un

«canot» automóvil... y eso es todo. La dificultad está en que los «metteurs en scène» pasan el tiempo pidiéndonos cosas que son prácticamente imposibles. Tan pronto nos obligan a batirnos a espada en un decorado muy pequeño, donde los adversarios no tienen espacio suficiente para revolverse, como nos hacen ir a galope tendido, por exigirlo así el film, sobre una carretera pavimentada, donde el caballo arriesga sus patas y el ginete, como es consiguiente, la integridad de su físico. Cuando rodaba la primera versión de «Monte-Cristo», el director me mandó que me zambullera desde algunos metros de altura. Como medida de previsión, fui a examinar de cerca el sitio donde debía «darme el baño». Era un lugar encantador, muy fotogénico y muy bien de luz. La única dificultad consistía en que apenas había cincuenta centímetros de profundidad y ningún nadador del mundo hubiera intentado zambullirse en aquel pintoresco lugar, a menos de que estuviera loco. En el cine siempre nos ocurren cosas parecidas, aventuras de este género.

### SUZY VERNON

Esta gentil «star» es mucho, mucho más modesta. Pera hacerle soltar una palabra se necesita tener más astucia que un indio siux. No quiere hablar de sí misma.

—No; yo no he aprendido nunca nada de extraordinario para rodar mis films, afirma en un tonillo tranquilo.

—Busque usted bien. En «Paris Girls», por ejemplo...

—¡Ah!, es verdad; tenía que rodar un asalto de esgrima. Eso me dió bastante quehacer. Durante ocho semanas estuve dando lección con un excelente esgrimista, con M. Flachet.

—¡Lo ve usted! Y en «Misión secreta», ¿no había cierto baile ruso?...

—En efecto—confiesa Suzy—. Pero eso no era muy difícil de aprender, y mucho menos si se tiene en cuenta que todos los comparsas eran rusos y podían aconsejarme. Para la «Novela de un joven pobre», por el contrario, tuve que ejercitarme en algo bastante más difícil: saltar obstáculos a caballo. No caí ni una sola vez; cal-

cule usted si estaré orgullosa. ¿Qué más he tenido necesidad de aprender? ¡Oh! Nada que merezca la pena o sea sensacional. Conducir auto, naturalmente, nadar, bailar... Para el film «Los culpables» tuve que aprender a conducir un yate. Me ensayaba en un lago de las cercanías de Berlín. Para «El último vals» tuve que dar pruebas de mis conocimientos de equitación. Pero, como estaba en Saint-Moritz y el suelo estaba helado, resultaba una equitación sobre hielo, que es bastante más difícil.

—¿Y aviación? ¿No ha hecho nunca este deporte?

Suzy abre enormemente sus grandes ojos, en los que se refleja el asombro.

—¡Sí, claro que sí! He rodado escenas de aviación en «Misión secreta». Y hasta me atrevo a asegurarle que debían ser muy peligrosas, porque me aseguraron en tres millones de francos.

Con todo lo que Suzy Vernon me ha contado, cualquier «star» de Hollywood se haría una publicidad sensacional. Pero ella no le ha pasado por la mente semejante cosa, lo que no deja de regocijarme sobremanera. Y es que yo la encuentro mucho más simpática así.

C. DORE

### Preparativos

Nótase extraordinaria actividad en la Cinematográfica Verdaguer, S. A., ante la próxima campaña preparatoria de la temporada 1929-30. Las mejores producciones de la industria cinematográfica internacional son puestas «au pont», y en todos los sectores de la casa se observa el contento ante las adquisiciones verdaderamente soberbias con las que será posible a esta veterana entidad, proseguir, en el primer puesto, su labor en favor de los señores empresarios que la honran con su confianza.

Nombre de las cintas, artistas, directores y novedades sensacionales serán dentro de poco conocidas de nuestro público, siempre atento a las revelaciones que despiertan el entusiasmo por las sorpresas que reserva una temporada en que el cine se esfuerza con nuevas modalidades por conservar el favor del público.

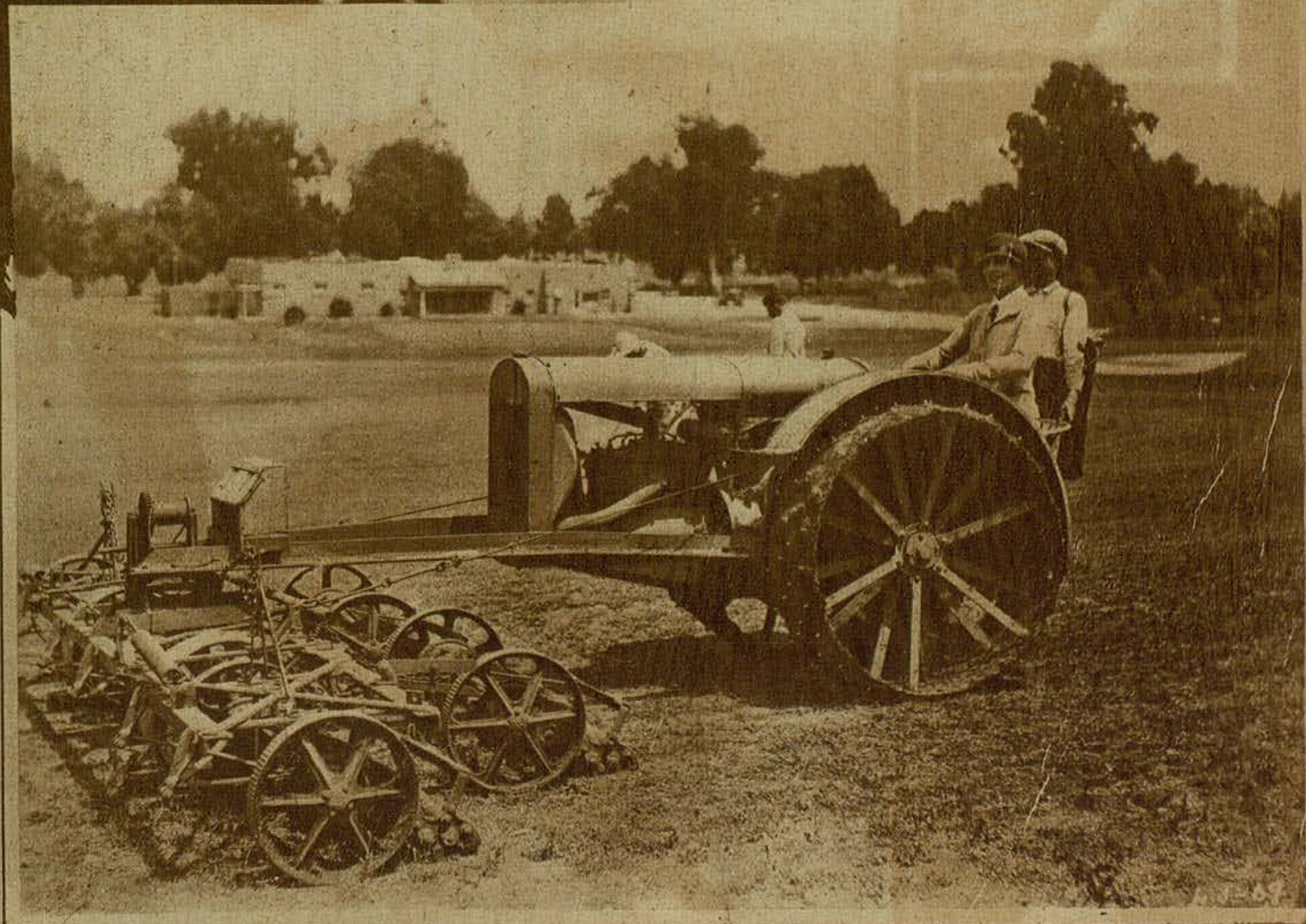


JORGE O'HARA  
DE ORIGEN IRLANDES, SEGU-  
RAMENTE, LLEVA A LA PAN-  
TALLA, ADEMÁS DE UNA FI-  
GURA ESPLENDIDAMENTE VA-  
RONIL, UNA VEHEMENCIA  
MUY FOTOGENICA



LEATRICE JOY

SE DIRIGE AL CAMPO DE  
GOLF A BORDO DE UNA LÓ-  
COMOVIL AGRICOLA. LOS  
MUELLES DEL VEHICULO NO  
SON MUY BLANDOS, PERO  
LEATRICE PREFIERE SUS SA-  
CUDIDAS, QUE LA MARCHA A  
PIE. UNA VEZ EN EL CAMPO  
DE GOLF, RESULTA UNA DE  
LAS MAS DIESTRAS JUGADO-  
RAS DE CALIFORNIA







**CLARA CONVERTIDA  
EN DIANA**

CLARA WINDSOR SE ADIES-  
TRA EN MANEJAR EL ARCO;  
ES LO QUE LE FALTA PARA  
ACABAR DE FLECHAR A SUS  
ADMIRADORES.



**UNA PRECAUCION**  
JUANA CRAWFORD, ANTES  
DE ZAMBULLIRSE, SE PONE  
UNA CADENILLA DE IDENTI-  
FICACION ALREDEDOR DEL  
TOBILLO.





**¡MANOS ARRIBA!**

Harry Carey, William Haines y Sally O'Neill, se entretienen en crear un simulacro de sorpresa, al estilo de las que tanto abundan en las películas del Oeste. Solo que aquí, el revólver clásico ha sido sustituido por un martillo vulgar.



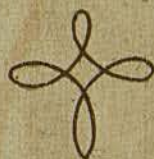
**DOROTHY PHILLIPS.**—Cuya presentación al público huelga completamente. Ningún espectador ignora el lugar distinguido que ocupa en las hileras de la Metro-Goldwyn.



**SEIS COLUMNAS.**—Tres «extras» de la Metro-Godlwyn-Mayer, muestran al público la graciosa solidez de sus extremidades.

HARRY CAREY

UNO DE LOS SEMPITERNOS HEROES DEL FAR-WEST. BAJO EL CHAMBERGO NEGRO, SU CARA TIENE UNA EXPRESION RESUELTA. SUS DEDOS SEGURAMENTE ACARICIAN LA CULATA DEL REVOLVER, Y EL CABALLO GALOPADOR NO DEBE ANDAR LEJOS.



THEDA BARA

CON UN CAPRICHOSO VESTIDO BLANCO Y NEGRO, QUE NO ALTERA LA MAJESTUOSA REGULARIDAD DE SU PORTE

